

40 CUADERNOS DE CAPEL

OPINIÓN PÚBLICA Y DEMOCRACIA

VICTOR RAMÍREZ ZAMORA



INSTITUTO INTERAMERICANO DE DERECHOS HUMANOS
CENTRO DE ASESORÍA Y PROMOCIÓN ELECTORAL

OPINION PUBLICA Y DEMOCRACIA

CAPEL

Consejo Consultivo

Jorge Carpizo (México)
Oliver Clarke (Jamaica)
Iván Cotler (Argentina)
Carlos Fernández Sessara (Perú)
Bolivar Lamounier (Brasil)
Daniel Hugo Martínez (Uruguay)
R. Bruce McCormick (EE.UU.)
Rafael Nieto Navia (Colombia)
Carlos Roberto Reina (Honduras)
Jorge Reinoldo Vancoski (Argentina)

IIID SERIE CAPEL
INSTITUTO INTERAMERICANO DE DERECHOS HUMANOS
CENTRO DE ASISTENCIA ELECTORAL
CAPEL

Víctor Ramírez Zamora

OPINION PUBLICA Y DEMOCRACIA

IIDH-CAPEL

**INSTITUTO INTERAMERICANO DE DERECHOS HUMANOS
CENTRO DE ASESORIA Y PROMOCION ELECTORAL**

1996

Primera Edición
IIDH-CAPEL. Costa Rica, 1996

Reservados todos los derechos
Hecho el depósito de ley

Las opiniones expuestas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no corresponden necesariamente con las del Instituto Interamericano de Derechos Humanos o de la Agencia Internacional para el Desarrollo de los Estados Unidos de América.

324.2

R173o

Ramírez Zamora, Víctor

Opinión pública y democracia, Editado por Instituto Interamericano de Derechos Humanos - San José, C.R.: Instituto Interamericano de Derechos Humanos /CAPEL, 1996.

118 p.; 8 1/4" x 5 1/4" — (Serie: Cuadernos de CAPEL, N° 40).

ISBN: 9977-52-047-x

1. DEMOCRACIA. 2. ELECCIONES-LEGISLACION. 3. PROPAGANDA ELECTORAL. 4. POLITICA Y MEDIOS DE COMUNICACION DE MASAS. I. Título. II. Serie.

Producido por el Servicio Editorial del IIDH
© IIDH-CAPEL 1996

Levantado de Texto y Artes Finales:
Publicidad Contemporánea S.A.

Diseño de Portada: Valeria Varas

PROLOGO

ACTUALIDAD DE LOS DERECHOS POLÍTICOS

La vigencia de los derechos políticos es una conquista que no pertenece al pasado, sino más bien que se reviste de perenne actualidad. Si bien es cierto que la agenda internacional contemporánea de los derechos humanos dedique una atención creciente al dominio económico social, en parte negligenciado en el pasado, no implica esto un menoscabo de los derechos políticos, de importancia permanente. El avance de los procesos democráticos en América Latina pone de relieve que se requieren esfuerzos constantes en pro de la plena vigencia de los derechos políticos: la consolidación y preservación de la democracia son una tarea de todos, de carácter permanente, que no admite retrocesos.

De la transición a la democracia, determinante en la vida latinoamericana en los últimos años, las atenciones se dirigen hoy a la salvaguardia y al fortalecimiento de las instituciones democráticas y del Estado de Derecho. La democracia representativa se erige sobre la participación ciudadana a través de la libre manifestación del consentimiento y del ejercicio legitimador del sufragio universal. El derecho internacional de los derechos

humanos consagra efectivamente, como no podría dejar de hacerlo, los derechos políticos, a saber, tanto el derecho de "votar y ser elegidos en elecciones periódicas auténticas, realizadas por sufragio universal e igual y por voto secreto que garantice la libre expresión de la voluntad de los electores", como el derecho de tener acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas del país y de participar en la dirección de los asuntos públicos, o por medio de representantes directamente elegidos. Es lo que expresamente determinan los tratados generales de protección de los derechos humanos que vinculan los Estados de nuestro continente, es decir, en el plano regional, la Convención Americana sobre Derechos Humanos (artículo 23) y, en el plano global, el Pacto de Derechos Civiles y Políticos de Naciones Unidas (artículo 25).

El Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH), como entidad internacional autónoma, de naturaleza académica, dedicada a la enseñanza, investigación y promoción de los derechos humanos, con base en los principios de la democracia representativa, del Estado de Derecho, del pluralismo ideológico y del respeto a las libertades fundamentales del ser humano, tiene un claro mandato en relación con los derechos políticos en particular, a cuyo afianzamiento se ha dedicado, de forma permanentemente sistemática, desde la creación de su Centro de Asesoría y Promoción Electoral (CAPEL) en 1983, y la operación regular de este a partir de enero de 1985.

Desde entonces, a lo largo de los últimos diez años, CAPEL ha desarrollado 38 programas de asistencia

técnica en diez países. Tres han sido los ejes de actuación de CAPEL: primero, el de asistencia técnica, que sigue siendo la piedra angular de su labor en pro del fortalecimiento de los procesos electorales y sus instituciones; segundo, el de participación política, que ha desarrollado proyectos relacionados con el desarrollo constitucional y legal y la investigación y su vinculación con los partidos políticos; y tercero, el de cooperación internacional, mediante misiones de observación electoral (un total de 81 misiones en 19 países hasta la fecha), y la realización de seminarios y cursos (un total de 32 actividades en 19 países hasta la fecha).

CAPEL se expandió al asumir la doble calidad de programa especializado del IIDH y de Secretaría Ejecutiva de las Asociaciones de Organismos Electorales, tanto de Centroamérica y del Caribe (Protocolo de Tikal de 1985) como de América del Sur (Protocolo de Quito de 1989), además de la Unión Interamericana de Organismos Electorales (constituída en Caracas en 1991). Las conferencias realizadas en este esquema (nueve bajo el protocolo de Tikal, cuatro bajo el protocolo de Quito, y dos con la Unión Americana, hasta la fecha), han buscado mejorar la comunicación e incrementar la cooperación entre los Organismos Electorales, promover el intercambio de informaciones y experiencias y evaluar los programas de asistencia técnica que brinda CAPEL.

En su propósito de promoción de los derechos políticos, el IIDH, además de las actividades de CAPEL, inició la serie de publicaciones titulada Cuadernos de CAPEL, a la cual tenemos el honor de dar seguimiento. Esta serie ha sido concebida para recoger el libre pensamiento y

expresión de la vocación democrática de nuestra ciudadanía, así como el aporte intelectual de especialistas en los derechos políticos y los procesos electorales. Es nuestro propósito que Cuadernos de CAPEL siga siendo un foro abierto y pluralista para el cultivo doctrinario y técnico de la educación ciudadana y la temática electoral.

Este N°. 40 de Cuadernos de CAPEL presenta el estudio del Lic. Víctor Ramírez Zamora, comunicador social costarricense, sobre "Opinión Pública y Democracia". El ensayo aborda un tema de gran actualidad e impacto. El autor sostiene que la democracia es una cultura, más que el producto del entramado legal de una sociedad. Agrega que la opinión pública hoy día es convertida en realidad, sobre todo por medio de las encuestas. Señala la gran influencia que ejerce la opinión pública en una sociedad abierta, sin dejar de observar que las divergencias sobre el alcance de dicha opinión pública surgen al estudiarse su naturaleza y contenido, así como las circunstancias que contribuyen a su formación o transformación.

Los derechos políticos retienen, y seguirán reteniendo, su actualidad. A mediados de los años noventa, el IIDH, en el ámbito específico de CAPEL, con el logro del rescate de las libertades civiles y políticas en los países de la región, enfrenta ahora el gran desafío de coadyuvar, de la manera más eficaz posible, en el proceso de desarrollo y fortalecimiento institucional de los Organismos Electorales y los mecanismos de capacitación política. Cabe avanzar en los procesos de reforma política y electoral y fomentar el desarrollo de las instituciones democráticas en general, con especial énfasis en el rol de

los Parlamentos y el papel específico de los partidos políticos.

El punto anterior no pasó desapercibido de la II Conferencia Mundial de Derechos Humanos de Naciones Unidas (Viena, junio de 1993), la cual resaltó la necesidad de fortalecimiento de las instituciones nacionales democráticas, la legislación nacional, la asistencia electoral, la educación en derechos humanos y la participación ciudadana (Declaración y Programa de Acción de Viena, párrafo 34). Agregó, además, que "la democracia se basa en la voluntad libremente expresada por el pueblo de determinar sus propios sistemas político, económico, social y cultural, y en su plena participación en todos los aspectos de sus vidas" (Ibid, párr.8).

En los parámetros del mandato del IIDH, seguiremos prestando la asistencia técnica, a través del programa especializado, hoy área, CAPEL, con miras al perfeccionamiento y fortalecimiento de los mecanismos esenciales al ejercicio de los derechos políticos. Lo haremos conscientes de la incidencia de la vigencia de estos derechos en la realización de los derechos económicos, sociales y culturales, y en el marco de la labor de consolidación y preservación de la democracia estrechamente vinculada a la prevalencia de los derechos humanos en su totalidad.

Antonio Augusto CANÇADO TRINDADE
Director Ejecutivo del
Instituto Interamericano de Derechos Humanos

San José de Costa Rica, 27 de febrero de 1996

INDICE

Introducción	19
La democracia en ciernes	23
Génesis de la simbiosis de público, prensa y democracia	27
Nuestra percepción del mundo invisible	30
Estereotipos	38
Yo y mi circunstancia	44
La mera opinión	46
No sabe / No responde	50
El general y la tropa	55
Cambio de opinión	58
Cuantificando la vida	61
Propaganda	67
La propaganda en una sociedad abierta	75
La propaganda electoral	79
Agora moderna	83
Espejo ambiguo	88
Expertos	95
Retórica, debate, censura y verdad	98
Tejiendo el consenso	102
Desiderátum	104

Representate ahora el estado de la naturaleza humana respecto de la ciencia y de la ignorancia, según el cuadro que de él voy a trazarte.

Imagina un antro subterráneo que tiene todo a lo largo una abertura que deja libre a la luz el paso, y, en ese antro, unos hombres encadenados desde su infancia, de suerte que no puedan cambiar de lugar ni volver la cabeza, por causa de las cadenas que les sujetan las piernas y el cuello, pudiendo solamente ver los objetos que tengan delante.

A su espalda, a cierta distancia, y a cierta altura, hay un fuego cuyo fulgor les alumbra y entre ese fuego y los cautivos se halla un camino escarpado. A lo largo de ese camino, imagina un muro semejante a esas vallas que los charlatanes ponen entre ellos y los espectadores para ocultar a éstos el juego y los secretos trucos de las maravillas que les muestran.

- Todo eso me represento.

- Figúrate unos hombres que pasan a lo largo de ese muro, porteando objetos de todas clases, figuras de hombres y de animales de madera o de piedra de suerte que todo ello se aparezca por encima del muro. Los que los portean, unos hablan entre sí, otros pasan sin decir nada.

- ¡Extraño cuadro y extraños prisioneros!

- Sin embargo, se nos parecen punto por punto. Y, ante todo, ¿crees que verán otra cosa de sí mismos y de

los que se hallan a su lado, más que las sombras que van a producirse frente a ellos al fondo de la caverna?

- ¿Qué más pueden ver puesto que desde su nacimiento se hallan forzados a tener siempre inmóvil la cabeza?

- ¿Verán, asimismo, otra cosa que las sombras de los objetos que pasen por detrás de ellos?

- No.

- Si pudiesen conversar entre sí, ¿No convendrían en dar a las sombras que ven los nombres de esas mismas cosas?

- Indudablemente.

- Y si al fondo de su prisión hubiese un eco que repitiese las palabras de los que pasan ¿no se figurarían que oían hablar a las sombras mismas que pasan por delante de sus ojos?

- Sí.

- Finalmente, no creerían que existiese nada real fuera de las sombras.

- Sin duda.

**Platón, La República,
Alegoría de la Caverna.**

Estamos en la caverna, pero no menos cierto es que la caverna está dentro de nosotros. Generamos sombras y las sombras están dentro de nosotros; en nuestros sentimientos, creencias y opiniones.

Nos es difícil salir de la caverna porque nos sentimos a gusto dentro de nuestro pequeño círculo. No nos preocupa si eso es vivir en un mundo de ilusiones y de evasiones; ahí nos sentimos cómodos y seguros, aferrados y amarrados a nuestras supersticiones y prejuicios.

El hombre libre no comienza su viaje hacia la verdad negando sus creencias y opiniones, sino tomando un poco de distancia de ellas. Cuestionando lentamente sus prejuicios y supersticiones.

Debemos preguntar sin arrogancia. Es con humildad intelectual como se transita hacia la sabiduría.

La verdad es una, pero son muchos los caminos, los énfasis y las estrategias que nos llevan a ella.

Durante milenios el poder tuvo origen divino, es decir, los que lo capturaban imponían a los súbditos la creencia de que la divinidad había aprobado los métodos empleados para conseguirlo. Durante todo el tiempo que el poder gozó de fundamento celestial, la opinión de los súbditos no tuvo ningún valor. Nadie les preguntó

INTRODUCCION

“El espíritu crítico es la gran conquista de la edad moderna. Nuestra civilización se ha fundado precisamente sobre la noción de crítica: nada hay sagrado o intocable para el pensamiento excepto la libertad de pensar. Un pensamiento que renuncia a la crítica, especialmente a la crítica de sí mismo, no es pensamiento. Sin crítica, es decir, sin rigor y sin experimentación, no hay ciencia; sin ella tampoco hay arte ni literatura. Inclusive diría que sin ella no hay sociedad sana. En nuestro tiempo creación y crítica son una y la misma cosa. (...) El escritor no es el servidor de la Iglesia, el Estado, el Partido, la patria, el pueblo o la moral social: es el servidor del lenguaje. Pero le sirve realmente sólo cuando lo pone en entredicho: la literatura moderna es ante todo y sobre todo crítica del lenguaje.”

Octavio Paz

Siendo mi fin escribir una cosa útil para quien la comprende, he tenido por más conducente seguir la verdad real de la materia que los desvaríos de la imaginación en lo relativo a ella; porque muchos imaginaron repúblicas y principados que no se vieron ni existieron nunca.

Nicolás Maquiavelo

Durante milenios el poder tuvo origen divino, es decir, los que lo capturaban imponían a los súbditos la creencia de que la divinidad había aprobado los métodos empleados para conseguirlo. Durante todo el tiempo que el poder gozó de fundamento celestial, la opinión de los súbditos no tuvo ningún valor. Nadie les preguntó

qué opinaban de la esclavitud, de la guerra, de las mujeres, de las hogueras, de los tributos, de la guillotina o de las hambrunas. Nadie les preguntó qué opinaban del Rey o del Emperador. Algunos valientes osaron hablar sin que se les preguntara y les cortaron la lengua o la cabeza.

La razón, esto es, la capacidad humana para someter todas las cosas a la prueba de la indagación incesante, sin conformarse con el veredicto de autoridades, mayorías o tradiciones, hizo su aparición en la Grecia antigua hace 2.500 años. Sócrates, su gran maestro, proclamó que la autoridad a menudo está equivocada y que no tiene derecho a silenciar a nadie. Desde ese entonces los enemigos de la razón eran muchos y poderosos y, para desgracia de la humanidad, terminaron ganando la batalla. Por esos misterios de la historia la razón quedó enterrada durante 2.000 años y volvió a asomar su cabeza, orgullosa y lúcida, en la Italia del siglo XV. De nuevo el hombre fue capaz de pensar acerca de sí mismo y del mundo político, social y natural, sin tomar en cuenta los caprichos del cosmos o de la divinidad.

Maquiavelo observó la naturaleza humana cuando se la inviste de poder. Estudió el poder como un asunto donde los dioses no tiene cabida, pues son los intereses, las pasiones y las ambiciones humanas las que entran en juego. **“Hay que agradecer a Maquiavelo y a los escritores de este género - escribió Francis Bacon - el que digan abiertamente y sin disimulo lo que los hombres acostumbran hacer, no lo que deben hacer”**. Definidos los linderos entre la ciudad de Dios y la ciudad

de los hombres, la ciencia política comenzó a limpiar el terreno para nuevas concepciones sobre la naturaleza y los límites del poder.

Tuvieron que pasar varios siglos más para que se instaurara un sistema político que tomara en cuenta la opinión de los gobernados. Quienes concibieron este nuevo sistema político reconocían sin tapujos la imperfección humana y, sobre todo, la imperfección de los gobernantes. Estos pensadores expresaron otras ideas: que no existen límites al pensamiento ni a la palabra, que todos los hombres son iguales, y que son capaces de gobernarse a sí mismos.

Por primera vez, después del extraordinario experimento democrático ateniense, la opinión de la gente adquirió importancia. Supuestamente de ellos iban a brotar de manera natural y espontánea las mejores ideas para gobernarse. Hoy sabemos que el tema es bastante más complejo. Aún hace dos siglos, en sociedades más pequeñas y menos complejas que las del presente, el tema de la opinión de los ciudadanos y su capacidad para tomar las mejores decisiones políticas, tenía escollos y laberintos de muy diversa índole.

El tema de la opinión pública está inundado de mitos y mixtificaciones. Cada cual lo manipula según su conveniencia. Unos dicen que es la voz de Dios; otros que es fácilmente moldeable y venden sus servicios como si fueran Merlines y Midas modernos. Muchos desean descubrir dónde se encuentra la llave secreta que la forma, la transforma y la deforma. No es extraño que su existencia tenga algo de mágico y misterioso; en realidad

es una ficción, una invención mental; no es posible aprehenderla; en el momento mismo en que es, deja de ser: es voluble, caprichosa, coqueta, casquivana, furiosa, desleal, arrogante, idealista, cruel, egoísta, desinteresada y, como el amor, ciega y apasionada.

Un tema como éste debería venir acompañado de ejemplos que enriquezcan las distintas aseveraciones. Los he evitado para no caer en el parroquialismo. Nada le dirían al lector de tierras lejanas las cuitas de mi barrio.

LA DEMOCRACIA EN CIERNES

La Revolución Americana estalló y la doctrina de la soberanía del pueblo, que había sido nutrida en los pequeños poblados, tomó posesión del Estado.

Alexis de Tocqueville

La doctrina clásica consideraba que la democracia era un sistema que únicamente podía funcionar en un espacio y una población reducidos. El ámbito natural de la democracia pura era aquel en el que cada ciudadano poseía toda la información frente a sus ojos; el medio le era tan familiar que se podía dar por descontado que los hombres estaban hablando de las mismas cosas. Los únicos desacuerdos importantes entre la gente eran los juicios que cada uno tenía sobre los mismos hechos. No había necesidad de garantizar la veracidad de las fuentes de información: eran obvias y accesibles a todos los miembros de la comunidad. La gente tenía la misma cantera de información, sus códigos pasaban por la familia, la escuela y la iglesia. Las premisas estaban dadas: el objetivo principal del entrenamiento intelectual era poder obtener deducciones y aplicaciones lógicas de esas premisas, más que la capacidad para cuestionarlas.

La doctrina clásica de la soberanía popular consideraba que la capacidad del pueblo para gobernarse a sí mismo, era un instinto que funcionaba bien en un ámbito reducido. La democracia estaba confinada a un espacio pequeño dentro del cual gobernantes y gobernados tenían un acceso y un conocimiento directo de los hechos. Aristóteles expresó: **“Si los ciudadanos de un Estado**

van a juzgar y a distribuir puestos de acuerdo al mérito, entonces cada quien debe conocer el carácter de los otros; en los casos en los que ellos no posean dicho conocimiento, tanto la elección como los puestos y las decisiones relacionadas con la ley serán equivocadas" (La Política, Libro VII).

La ciencia política no se preocupaba por averiguar cómo conocía el ciudadano la realidad. Quienes creían que en el pueblo estaba depositada la capacidad para gobernar, no les parecía importante saber cómo mantener informado al votante. Suponían que los hombres aspiran y digieren los hechos de la vida pública casi de la misma manera como aspiran el aire. Consideraban que un buen corazón y una mente razonable generan un juicio sensato y balanceado.

Pero lo cierto es que la información que los hombres podían llegar a conocer de forma pasiva era, por supuesto, limitada. La realidad que no estaba frente a sus ojos no era posible conocerla instintivamente, como tampoco era posible absorber un conocimiento confiable por el mero hecho de vivir.

Según algunos padres fundadores de la democracia norteamericana, la facultad de gobernar estaba depositada por la divinidad en los agricultores que vivían en los reducidos espacios de las colonias inglesas del siglo XVIII. En opinión de Thomas Jefferson, Dios había depositado en los hombres la virtud necesaria para gobernarse a sí mismos. El problema se agudizó conforme se extendieron los territorios y aumentó la población. Ciertamente la gente no podía juzgar

adecuadamente un mundo que no podía observar; un mundo complejo, ajeno y distante de su experiencia personal. Este problema venía a fracturar la esencia del credo democrático que consideraba que una sensatez razonada surge espontáneamente del pueblo. Fue James Madison quien intentó deshacer el nudo al atacar la creencia de que las repúblicas sólo pueden funcionar en pequeños territorios. En el ensayo N°.10 del Federalista expresó: **“Los dos principales aspectos que distinguen a una democracia de una república, son: primero, la delegación del gobierno, en la última, a un pequeño número de ciudadanos electos por el resto de la población; segundo, el mayor número de ciudadanos y la mayor extensión del territorio sobre el cual la república puede extenderse. El efecto de la primera diferencia es, por un lado, refinar y alargar la visión del público al trasladarla por medio de un escogido cuerpo de ciudadanos cuya sabiduría puede discernir mejor el verdadero interés nacional, y cuyo patriotismo y amor a la justicia, difícilmente se vea sacrificado por consideraciones parciales y temporales...”**.

La afirmación de Madison era un excelente argumento contra la idea de que las distintas facciones, cada una luchando arduosamente en busca de su propio interés, podrían desmembrar la república, pero dejaba intacto el problema de que los ciudadanos y sus representantes no pueden tener más que una visión y una idea muy limitada de los asuntos públicos.

El ideal democrático que concibió Jefferson, basado en el de Aristóteles, estaba formado por un entorno reducido y una clase selecta: los agricultores. Esta concepción no

colisionaba con la doctrina política de la época. Luego este ideal fue concebido para toda la nación, en parte debido a las exageraciones del mensaje político -resultado de la emoción que produjo ese luminoso momento histórico-, y en parte por motivos electorales. Todos olvidaron rápidamente que esta teoría había sido concebida para circunstancias muy especiales. Pronto llegó a convertirse en el evangelio político que suplió los estereotipos con que los demócratas de todos los confines concebían la actividad política.

La fe en su nuevo sistema político los hizo insistir que en un territorio de grandes dimensiones todos los hombres pueden gobernar. En este dramático conflicto entre su doctrina y sus ideales, lo único que podían hacer era asumir, sin mucha discusión, que la voz del pueblo es la voz de Dios.

Esta nueva verdad política, raramente cuestionada aún en nuestros días, consideraba que dándole al pueblo un mínimo de información, éste es capaz de tener juicios razonables sobre los asuntos públicos, cualquiera que sea su lejanía o complejidad. Como veremos a lo largo de las líneas de este ensayo, el tema es bastante más complejo.

GENESIS DE LA SIMBIOSIS DE PUBLICO, PRENSA Y DEMOCRACIA

El público del siglo dieciocho de las colonias americanas que inspiró la teoría democrática tuvo un origen sencillo. Inició su existencia gracias, entre otras cosas, a la prensa. Era un grupo social que se reunía en los locales públicos a comentar y a leer las noticias, a argumentar sobre los diversos acontecimientos de la comunidad y a brindar significados políticos a las actividades políticas. El público fue elevado a grupo social por las noticias, y a la vez el principal sujeto de las noticias era el público. La tecnología fue permitiendo la diseminación de periódicos y panfletos que planteaban temas comunes de conversación y discusión. El público era una sociedad de conversadores y de polemistas que se veían las caras.

Aparte de ser un grupo de personas o una forma de argumentar, el público era un espacio de poder político ubicado entre el estado y el sector privado. Era la única esfera en la cual el poder podía vestirse con ropajes de racionalidad pues constituía el ámbito donde se podía trascender el interés privado.

Las tabernas eran también centros importantes de reunión. Los taberneros recogían información de las conversaciones de los parroquianos que frecuentaban sus bares, y de viajeros que narraban y a veces escribían sus opiniones en cuadernos de bitácora que para tal efecto se colocaban en un rincón de las tabernas. Los editores recogían esas conversaciones, mezcla de diálogos razonables, chismes y murmuraciones, para su impresión

y circulación. También imprimían discursos, sermones, ofertas de bienes para su venta y las opiniones políticas de quienes se reunían en los sitios públicos. Los periódicos circulaban en las oficinas públicas y eran fuente de conversación y discusión.

El público estaba principalmente compuesto por mercaderes y agricultores, ciudadanos y activistas políticos, y foráneos, que se reunían para discutir las noticias. Este público tenía expresas restricciones de raza, clase y género. Estaba compuesto por varones de raza blanca, que poseían intereses en los asuntos públicos, el comercio y la agricultura.

La importancia de la prensa radicaba en que servía a una particular forma de democracia, como una especie de lenguaje en un territorio de influencia política independiente y racional. La prensa recogía las opiniones expresadas en público. Había un vínculo directo entre el público, los editores y la vida democrática.

El público era una realidad tangible compuesta por gente que tenía frente a sus ojos una buena parte de la realidad sobre la que dialogaba y discutía. El objeto de la política era crear un público palpable al cual, en principio, podía pertenecer cada ciudadano. La máxima de Jefferson: **“Todos podemos participar en el gobierno de nuestros asuntos”** no era un enunciado utópico; representaba, con las limitaciones del caso, una idea bastante exacta de la realidad política.

Desde su génesis, la democracia estableció una relación

indisoluble con el público y la prensa. Ninguno de estos tres factores tiene sentido sin los otros dos.

NUESTRA PERCEPCION DEL MUNDO INVISIBLE

Toda realidad con la que no tenemos relación directa es una construcción artificial de nuestra mente.

La gran mayoría de las realidades de las que nos hablan las noticias pertenecen a ese mundo externo. No sólo las que tienen con otras naciones, sino también con cualquier hecho ajeno a nuestro entorno. Del extenso universo de la vida pública sólo conocemos con cierto grado de certeza aquello que podemos ver, oír y tocar; las realidades que están a mayor distancia de lo que nuestros sentidos perciben sólo las conocemos de manera indirecta. Sin embargo, nos hemos acostumbrado a creer que las noticias que leemos, vemos u oímos son realmente la realidad y que, por lo tanto, leyéndolas, viéndolas o escuchándolas, conocemos la realidad que nos circunda.

Los seres humanos siempre hemos llenado nuestras cabezas con ideas y creencias cuyo origen puede ser de lo más variado y extraño. La historia universal está llena de estrafalarias concepciones y convicciones de hombres talentosos que hoy únicamente nos pueden producir asombro y gracia. Las ideas sobre la forma en que se sostenía la tierra, o las que definían la naturaleza de las mujeres, de los esclavos, de los reyes, de los dragones, de los ángeles, de los dioses, del cielo y del infierno. Cada uno de los hombres que sostuvo esas ideas, lo hizo con la absoluta convicción de que su verdad estaba por encima de toda duda. ¿Cuál era el fundamento de su certeza? Podían ser los Libros Sagrados, la tradición, la superstición o el prejuicio. Para ninguno de esos

pensadores había nada de absurdo en sus ideas. Comprendiendo este rasgo de la naturaleza humana podemos entender mejor las furias de la guerra y de la política: los miembros de los grupos militares o políticos creen a ciegas en la imagen que tienen del grupo opositor porque toman como una verdad revelada, no la realidad, sino la percepción que tienen de ella.

Esas “verdades” a menudo están vinculadas con los hombres conspicuos. Existe una especie de necesidad humana de crear héroes y santos que iluminen en algo la oscuridad de sus propias vidas. Mediante el mismo mecanismo por el cual se crean los héroes se inventan los demonios. La historia tiene una buena galería de hombres que son para muchos la encarnación de todo lo bueno, lo heroico y lo sabio; y para otros, esos mismos hombres representan la más decantada encarnación del mal y del error.

La única idea y sensación que se puede tener sobre un acontecimiento con el cual no se tiene vinculación directa, es la que se crea mediante la imagen mental de ese suceso. Por eso, hasta que no conocemos aquello que los otros creen saber, no podemos realmente entender sus actos. El hecho en sí poco importa. Lo que realmente importa es la imagen y la idea que nos hacemos de ese hecho. Por eso es que bajo ciertas condiciones los hombres responden tan poderosamente a la ficción como responden a la realidad y, en muchos casos, inclusive ayudan a crear la misma ficción a la cual responden.

Lo anterior nos lleva a resaltar un hecho: entre el hombre y su medio está inserto un pseudo-ambiente, una

invención mental a la cual cada quien le pone sus propios colores, luces y sombras.

Quando hablamos de invención o de ficción no queremos con ello decir que sean enunciados mentirosos. Pueden ser falsos, pero quien los expresa está convencido de que está diciendo la verdad. Son representaciones mentales de la realidad. Estas representaciones van, desde un escenario completamente esquizofrénico y alucinante, a uno bastante exacto y científico; en este último caso el observador intenta conocer la realidad dejando a un lado sus propios gustos y demás inclinaciones personales.

La cultura humana es en gran parte la selección y el ordenamiento o reordenamiento de los patrones sociales y personales. A esto es a lo que William James llama **“la azarosa irradiación y ordenamiento de nuestras ideas”**.

No existe alternativa a esta forma humana de percibir el mundo ya que la realidad es muy extensa, compleja, variada y cambiante, como para que podamos tener un conocimiento más o menos exacto de la misma. Es imposible manejar tanta variedad de hechos y circunstancias, con tantas transformaciones y combinaciones. En su pequeña Atenas, Sócrates, el más sabio de su época, sabía que era casi infinito lo que no sabía; hoy, en un mundo mucho más extenso y abigarrado, cambiante e interrelacionado, nuestra incapacidad para conocerlo y comprenderlo es mucho mayor.

Todos tenemos unos mapas con los que nos manejamos

en el mundo; aún cuando esos mapas sean abstracciones que a menudo tienen los signos cardinales extraviados y sean una representación muy pobre de la realidad, nos permiten caminar por el mundo. A menudo nos hacen librar batallas que ya se han perdido o ir a lugares que ya han desaparecido, pero todos tenemos derecho a cometer nuestros errores. La lectura de esos mapas nos permite levantar nuestras banderas y expresar nuestras opiniones con gran convicción, sin que necesariamente reparemos en la lógica o el fundamento de esas opiniones.

En toda percepción humana existe la relación triangular entre la escena de la acción, la imagen humana de esa escena y la respuesta humana ante esa imagen, que a su vez influye en la escena de la acción. Dice Walter Lippman que es como una obra teatral sugerida por los actores con su propia experiencia.

La conducta humana posee a menudo un doble drama: el motivo interior y el comportamiento exterior. Dos hombres están trenzados en una discusión acalorada y apasionada: lo que todos percibimos es que se trata de una discusión sobre política. Cada cual defiende con ardor la posición de su propio partido político. En sus evocaciones y en sus sentimientos lo que está presente es una circunstancia que ocurrió hace varias décadas cuando el padre de uno de ellos insultó al padre del otro por la prensa en un momento de turbulencia política y de pasiones exacerbadas. El drama exterior queda explicado: la disputa no es sobre política, es sobre amor paterno.

Cada uno de nosotros percibe la realidad según su

propia historia personal. Un mismo hecho posee diferentes connotaciones para distintos hombres. Una gran cantidad de experiencias personales -de muchas de las cuales no tenemos conciencia- son las que dictan las creencias que heredamos de nuestro entorno más cercano sin que nosotros lo percibamos. Obviamente algunas experiencias poseen un peso especial y la posibilidad de cuantificarlas y catalogarlas es mayor: el hogar, la escuela, la iglesia, el grupo económico y social, el vecindario. Otras son más personales: el insulto que recibí de niño, el temor que me infundían las personas de aquel grupo, la paliza que me propinó la policía. Esta intrincada y numerosa variedad de circunstancias hace que cada uno de nosotros perciba la "realidad" a su manera. Por eso es inútil pontificar sobre la naturaleza y la conducta humana. Lo que podemos hacer es observar lo que hacen los hombres, cómo piensan, qué opinan, cómo actúan, cómo reaccionan. De ahí que el don de pronosticar el comportamiento humano repose únicamente en el regazo de los dioses. La conducta de los hombres es imprevisible, pues los principales ingredientes del barro humano son, el libre albedrío, teñido con mil circunstancias, y el azar.

Buena parte de lo que cada ser humano cree está basado, no en un conocimiento certero y directo, sino en las imágenes de la realidad que él mismo ha construido en su mente, o en las imágenes que le han transmitido. Si está convencido de que determinado partido político es el que tiene las mejores soluciones para sus problemas personales, estará hasta el final de la contienda electoral con ese partido. No importa si esa persona sabe lo que piensan los dirigentes de ese partido en relación con sus

problemas. La forma en que el mundo es imaginado por los hombres, determina la forma en que piensan y actúan.

La opinión pública trata con hechos indirectos, invisibles y complejos que no tienen nada de obvios.

El mundo político con el que todos nos vinculamos está fuera de nuestra vista, alcance y conocimiento. Si le preguntamos al más sabio de los políticos de la comarca cuál es su opinión sobre la marcha de un determinado Ministerio o Institución, si realmente posee una leve brizna de sabiduría, tendría que contestarnos que no sabe.

A menudo en nuestros países aparecen casos de corrupción hipopotámicos cometidos por políticos o funcionarios públicos que disfrutaban del favor de la prensa y de buena propaganda; si un día antes de la aparición en la prensa de uno de esos escándalos se le pregunta a los hombres mejor informados su opinión sobre el curso de la institución en la que se llevó a cabo el fraude multimillonario, probablemente contestarán que la institución va por buen camino y que está cumpliendo adecuadamente con su cometido. Aún hechos de tal magnitud como el descalabro político o financiero de un país pueden pasar inadvertidos por algún tiempo a los ojos de todo un pueblo, e inclusive de los expertos del propio país o del extranjero. La Unión Soviética y México son dos gigantescos murales que ilustran esta realidad.

Para poder hacer frente a un universo mucho más extenso que el ámbito de la experiencia inmediata, la gente crea imágenes en sus cabezas de ese universo

externo; obviamente, esas imágenes son a menudo distorsionadas y engañosas y, por lo tanto, rara vez son una adecuada base para tomar decisiones acertadas.

Siendo la realidad algo extraordinariamente complejo, distante, confuso y cambiante, y existiendo inmensas diferencias acerca de lo que los hombres sabemos y percibimos de esa realidad, la democracia no puede funcionar con un grado razonable de éxito, cualquiera que sea su forma de ejercer la representatividad, a menos que existan grupos de expertos independientes que simplifiquen, y en algún grado hagan comprensible la realidad oculta, a los ciudadanos y a los que tienen que tomar las decisiones.

La prensa tiene en esto un papel muy importante que jugar, pero ella sola no es capaz de organizar y hacer inteligible para el ciudadano común la apabullante y compleja realidad.

Una sociedad moderna puede trabajar con un mayor nivel de eficiencia si posee los mecanismos para que grupos de expertos independientes, ajenos a los vaivenes de la política y de la opinión pública, digieran y formulen los principales problemas de la sociedad. Sobre este tema volveremos más adelante.

Una vez hecha esa tarea, se brinda a los órganos decisorios y a la opinión pública, generalmente por medio de la prensa, una visión resumida y decantada de ese trabajo. A menudo los mecanismos de análisis y control funcionan una vez que la decisión ha sido tomada. Es conveniente implementar mecanismos para

lograr que las voces que representan a la sociedad puedan ser escuchadas antes de que se tomen las grandes decisiones.

ESTEREOTIPOS

En una ocasión le preguntaron al novelista Gore Vidal si había significado un cambio muy radical en su vida haber pasado su residencia de la ciudad de Manhattan a un pequeño poblado italiano. Gore respondió: no, es lo mismo; en Manhattan, en Londres o en un pequeño pueblo italiano uno conoce y conversa con unas cinco o diez personas. Ciertamente: cada uno de nosotros vive y trabaja en un pequeño territorio, se mueve en un círculo reducido y de su grupo conoce íntimamente sólo a unos pocos. Las otras facetas de la realidad social en general las conocemos por medio de la prensa o de los libros. De cualquier hecho público que posee amplias repercusiones, en el mejor de los casos sólo vemos unas pocas facetas. Esto es cierto para los que diseñan las políticas, promulgan las leyes y firman presupuestos, tratados y convenios, como también para los ciudadanos sobre los cuales se imponen esas leyes, esos tratados y las decisiones de los gobernantes. Es lógico que nuestras opiniones cubran un espacio más amplio, y un mayor número de cosas de las que podemos observar y conocer de manera directa. Es también lógico que esas opiniones se formen como resultado de lo que otros nos reportan y de lo que fabrica nuestra imaginación.

Es importante señalar que aún los testigos directos de un hecho no extraen una idea o imagen ingenua y pura de la escena. Ningún adulto percibe virginalmente un hecho; cada quien lleva su propio bagaje de experiencias, valores y prejuicios. Casi siempre lo que un observador de un hecho considera que es su descripción, en realidad es una deformación de ese hecho.

Un reporte o una descripción de una determinada realidad es el producto conjunto del observador y del hecho en el cual, el papel del primero es siempre selectivo y creativo, es decir, imaginario. Lo que observamos es una combinación de lo que está frente a nuestros ojos y de lo que esperábamos encontrar. Lo que percibimos depende de la posición social, económica, cultural o emocional que tenemos, y de los hábitos de nuestros ojos.

En la mayoría de los casos no vemos primero y luego definimos; primero definimos y luego vemos. Esto es fácil comprobarlo en una campaña electoral. Los partidarios de un grupo político que observan la propaganda del adversario poseen de antemano una idea precisa del grado de disgusto y rechazo que le provoca esa propaganda, cualquiera que sea su contenido. El acto en sí de ver la pieza de propaganda tiene muy poca importancia como eventual circunstancia modificadora de sus creencias. En realidad, antes de ver y oír, la opinión está formada.

Los seres humanos estamos estructuralmente incapacitados para observar las cosas en detalle y de manera desinteresada e ingenua. Ni el tiempo, ni las condiciones de nuestra propia existencia, ni los intereses e ideas sobre el mundo nos permiten actuar de esa manera. La solución a esta realidad es la simplificación y la generalización de la realidad, es decir, la configuración del estereotipo: de izquierda, lesbiana, banquero, neoliberal, político, sindicalista, maestro, etc.

Entre las más sutiles y penetrantes influencias sobre el pensamiento humano se encuentran las que crean y

mantienen el repertorio de los estereotipos. Nos dan una idea del mundo antes de que lo conozcamos. Con los estereotipos nos imaginamos la mayoría de las cosas antes de que las experimentemos: la Cuba comunista, el mundo de Wall Street.

La vida es imposible sin estas simplificaciones y generalizaciones. Sin ella nuestra vida sería mucho más compleja, voluble e indecisa. Los estereotipos nos permiten una gran economía a la hora de percibir el mundo; si no existieran estaríamos constantemente a la deriva y expuestos a la visión y al relato del observador ajeno a nuestro mundo.

Lo que realmente interesa de los estereotipos es su carácter y el sentido crítico con que los empleamos. Esto tiene que ver con la manera de ver la vida. Si consideramos que el mundo está enteramente codificado y nosotros somos los depositarios de esa codificación, lo percibimos y describimos de acuerdo con esos códigos cerrados, perpetuos y universales. Si, por el contrario, somos conscientes que cada hombre y su circunstancia es una pequeña parcela del mundo que se encuentra dentro de una amplísima y variada red de formas de pensar y de sentir, entonces, cuando usamos los estereotipos, estaremos conscientes que sólo son eso. Por lo tanto, los usaremos con menos intransigencia y de esta manera podremos estar más dispuestos a cambiarlos, si los hechos nos muestran que eran incorrectos.

Cediendo a la tentación de dividir al mundo en dos, me permito la licencia de hacerlo en este caso, entre quienes viven aferrados a sus estereotipos, espíritus más

tribales y primitivos, que son la mayoría de los mortales, y quienes están conscientes de que su barrio no es el ombligo del mundo.

Es normal que la perturbación de nuestros estereotipos sea percibida como un ataque a los mismos fundamentos de nuestra existencia. Lo que contradice nuestra manera de ver y comprender el mundo nos produce inseguridad y, por lo tanto, rechazo.

En caso de que la experiencia contradiga al estereotipo pueden ocurrir varias cosas: si existe un fuerte interés personal (puede ser de índole social, psicológico, familiar, económico, religioso, etc.) por el cual consideramos que nos resulta perjudicial cambiar nuestro estereotipo, catalogamos la contradicción como la excepción que prueba la regla, o desacreditamos al testigo, intentamos descubrir un error o, en última instancia, tratamos de olvidar que alguna vez tuvimos esa experiencia. Los mecanismos psicológicos humanos para desvirtuar, deslegitimar, o hacer desaparecer mentalmente la información que desvirtúa nuestras propias ideas, creencias e intereses pertenecen a una asombrosa galería de la conducta humana de la cual los novelistas obtienen gran parte de sus fantásticos relatos. En lenguaje coloquial a esto se le llama conducta esquizofrénica, y es más normal que lo que todos estamos dispuestos a aceptar.

El poseedor intransigente de estereotipos casi siempre tiene un fuerte código moral. Ese sistema moral descansa en una determinada versión de los hechos; por lo tanto, si alguien niega sus juicios morales o su manera de ver

la vida es, en general, catalogado de perverso, extraño o peligroso. Todos caracterizamos a los oponentes y explicamos su conducta como un intento de racionalizar su "equivocado" punto de vista. Lo último que haríamos en el intento de explicar la visión de las cosas de quienes piensan distinto a nosotros es decir que ve hechos diferentes a los nuestros. Creemos en el absolutismo de nuestra visión y, por lo tanto, en el carácter equivocado o maligno del adversario. Las personas en general están dispuestas a aceptar que existen dos puntos de vista sobre un tema, pero no están dispuestas a aceptar que hay dos caras de un mismo hecho: dos formas de observarlo, dos formas de percibirlo. Únicamente están en capacidad de aceptar esto quienes poseen el hábito de reconocer su propia visión de las cosas, como una experiencia parcial, vista a través de sus propios prejuicios y estereotipos.

De esa costumbre mental nace la verdadera tolerancia y respeto por nuestros adversarios. Esta actitud es muy extraña en nuestro sub-continente. Aquí se dan batallas bizantinas cuyos ejércitos sólo se encuentran en las mentes febriles y estrechas de sus generales. Desgraciadamente ésta es una conducta que incluso invade los claustros académicos. A menudo nuestros intelectuales más parecen Cruzados defendiendo una fe revelada, que investigadores estudiando las causas y los efectos de la vida política y social, con desapasionamiento, humildad y paciencia.

Cuando el estereotipo y el código moral se endurecen convertimos a nuestros adversarios en villanos y conspiradores. Satanizamos al enemigo. Obviamente, el enemigo nos define en los mismos términos.

Terminamos creyendo en nuestra propia propaganda, es decir en nuestras propias mentiras, y endurecemos nuestra muy particular visión de las cosas. La única verdad que aceptamos es la nuestra, y no estamos dispuestos a ceder un ápice; quizás el país se esté hundiendo, pero nosotros dormimos a pierna suelta y con la conciencia tranquila.

Generalmente las campañas electorales se convierten en un endurecido torneo de prejuicios y estereotipos. Es un juego de superlativos para calificar mis bondades y para señalar los errores, defectos y perversidades del adversario: Vamos a terminar con la miseria, vamos a construir un país de propietarios, vamos a acabar con la corrupción. Cuando la batalla electoral termina y las emociones partidarias se diluyen, queda una sensación de desconsuelo. Todos sabemos que una gran mentira nos ha cobijado.

Mientras tanto la realidad cultural, económica, institucional, legal y psicológica, se ha dejado a un lado. La realidad sobre la cual hay que trabajar, con sus verdaderas dimensiones y circunstancias, ha dado paso a los estereotipos.

YO Y MI CIRCUNSTANCIA

Cada quien es un mundo. Cada cual posee su propia historia personal y social, sus humores y su carácter. Cada quien ve la vida según su propia óptica y confronta las diversas situaciones de distinta manera. Más aún: una misma persona actúa o reacciona de manera distinta frente a diferentes circunstancias. Vemos un cuerpo pero a menudo vemos distintas personas. Frente a un superior es una persona, frente a un subalterno es otra; en la iglesia es una, en el estadio es otra; sobrio es una, embriagado es otra; en situación de calma es una, en situación de conflicto es otra. La gente difiere de manera substancial en la consistencia del carácter de sus actitudes y opiniones. Con bastante frecuencia adapta las opiniones según la audiencia que tenga al frente. Este rasgo no necesariamente es un signo de cinismo.

Las personas tienen como principal fuerza impulsora la búsqueda de su propio interés. La gente persigue su interés personal aquí y ahora; la satisfacción de sus necesidades y deseos inmediatos, dentro del pequeño ámbito de su entorno. Estas son verdades elementales; lo que realmente iluminaría estos conceptos es saber cuál de los yo es el que entra en juego en cada caso.

La segunda fuerza motora de la conducta humana son los sentimientos y las emociones; ciertamente poseen una importancia capital en relación con el proceso de formación de las opiniones en el campo político, religioso, educativo, económico, etc. Los sentimientos y las emociones, las simpatías y animadversiones en sus diferentes grados, son componentes importantes de toda

conducta humana.

En general todo lo que no corresponde al interés personal aquí y ahora, pierde importancia. Conforme se alejan los hechos de la realidad existencial de cada individuo, más difusos y ajenos se perciben. Interesa la familia, el salario, el empleo, la seguridad, el barrio, la basura frente a la casa, el agua en la cocina. Los asuntos de interés nacional son verdaderas abstracciones para la mayoría de los ciudadanos. Están muy lejos de sus intereses y necesidades.

Cabe agregar que la memoria humana es en extremo flaca y selectiva por la simple razón de que los apremios del presente le hacen casi siempre olvidar las desdichas del pasado. A esto se debe que a menudo la gente cree que todo tiempo pasado fue mejor.

Como resultado de lo dicho es posible colegir que la razón juega un papel poco importante en la formación de las opiniones públicas de la gente. Uno de los primeros estudios incisivos que analizó la relación entre la naturaleza humana, la política y la formación de la opinión pública fue el libro de Graham Wallas "Human Nature in Politics". Su tesis es que, a través de la historia, el pensamiento político ha supuesto un grado de racionalidad de la conducta humana que realmente nunca ha tenido. A algunos intelectuales no les gusta reconocer esto pues atenta contra el diseño de sistemas teóricos sobre la vida en sociedad.

LA MERA OPINION

Atribuir un gran valor a las opiniones de los hombres es dispensarles demasiado honor.

Schopenhauer

Uno de los temas más antiguos del pensamiento filosófico y político es el que establece las diferencias entre el **conocimiento** y la **opinión**. Los griegos llamaron **conocimiento** a aquello que aprehendemos mediante la inteligencia y la razón y que posee las propiedades de necesidad, inmutabilidad, claridad y diferenciación. La **opinión** es una afirmación que no incluye garantía de su propia validez; es contingente y variable.

Conoce quien domina una ciencia, un oficio o un hecho. **Opina** quien con unas pocas y vagas ideas en su mente - y a menudo sin ninguna- afirma o niega algo sobre ese tema. José Figueres, con su extraordinaria capacidad para resumir en términos elementales una compleja realidad y con su acostumbrada sorna decía que todos opinamos puesto que para opinar no hay que pagar impuestos.

Varios pensadores han reflexionado a través de los siglos sobre la extraña proclividad de la mente humana a opinar acerca de lo divino y lo humano sin tener en la mayoría de las ocasiones el menor conocimiento del tema.

La posición tradicional que señala la diferencia en la actividad mental cuando **sabe** y cuando **opina** involucra dos aspectos fundamentales. Quien **sabe** no afirma simplemente que algo es cierto, sino que además posee

razones válidas y verificables para hacer esa afirmación.

La verdad de una **opinión** acertada no es menos verdadera que la que es producto del **conocimiento**. La diferencia estriba en que quien posee una opinión correcta, no puede explicar por qué es verdadero lo que afirma, no puede brindar los fundamentos de su verdad. Que una opinión sea verdadera no garantiza que no pueda ser desechada o abatida, ya que, sin razones adecuadas, esa **opinión** es vulnerable frente al ataque.

El hombre con opiniones verdaderas que es incapaz de explicar satisfactoriamente por qué piensa de la manera como lo hace, no puede ayudar a otros a comprender la veracidad de su opinión.

Pascal considera que hay dos caminos mediante los cuales los hombres piensan: la forma más natural es la **comprensión** ya que uno sólo debería estar de acuerdo con verdades demostradas; pero la más usual es la de la **voluntad**, ya que los hombres casi siempre tienden a creer, no mediante el expediente de las pruebas, sino por inclinaciones personales.

William James explica las **creencias** y **opiniones** como resultado de la **emoción** y el **deseo**. "**Voluntad y creencia, -dice James- queriendo expresar una cierta relación entre el yo y el objeto, son dos nombres para el mismo fenómeno psicológico**".

La distinción entre **conocimiento** y **opinión** es importante en la vida política. No simplemente porque los hombres están acostumbrados a esperar más

desacuerdos en la esfera de la política que en la de la ciencia, sino porque, además, tienen ante la controversia científica y política una diferente actitud. La controversia **política** ocurre en el reino de la **opinión** y la controversia **científica** en el reino del **conocimiento**. A los hombres les gusta afirmar que tienen derecho a sus propias opiniones, lo que incluye el derecho a continuar creyendo en ellas a pesar de que, al colisionar con otras, exista la apariencia o la certeza de que esa opinión es incorrecta.

Existe una especie de derecho a la obstinación que pareciera desprenderse de la propia naturaleza del reino de la opinión, y de la propia naturaleza humana.

En los territorios en los que prevalece el **conocimiento**, más que la **opinión**, el desacuerdo por supuesto es también posible, pero en este caso existe la posibilidad de que los hombres razonables puedan llegar a un acuerdo sobre un asunto controversial, cuando analicen nuevamente los hechos.

En el reino de la **política** prevalece la **opinión**. Los conflictos de opinión a menudo no pueden resolverse sino por medio del consenso. Por elementales razones prácticas para llegar a ese consenso a veces es necesario aceptar la opinión de la mayoría.

Las disputas y los desacuerdos que se dan en las matemáticas y en las ciencias naturales casi nunca se resuelven contando votos. El peso de la mayoría pareciera ser peculiarmente relevante para medir el valor de las opiniones en conflicto en los asuntos públicos.

"En todas las materias que no sean contrarias a la fe - decía Tocqueville-, debemos remitirnos a la mayoría".

Ciertamente es dentro del ámbito de la **opinión** y de la **política** que el hombre debe debatir los trascendentales y complejos temas de la libertad, de la ética, de la libertad del pensamiento y expresión, de la justicia, etc.; asuntos del más alto nivel de la vida del hombre en sociedad que involucran nuestra responsabilidad frente a la libertad personal, moral y política. Uno de estos temas es el de la libertad de discusión. No siendo posible establecer parámetros exactos de verificación y medición en el campo de los valores y de los principios, no existe otra solución para reducir el error que permitir y alentar en el mayor grado posible la libertad de expresión, de información y de discusión. Dice Sidney Hyman: **"en la base de la sabiduría existe la disposición a someter todas las opiniones a la prueba del examen libre y riguroso"**.

Una vez que los ciudadanos han tenido la posibilidad de participar en una amplia deliberación sobre los grandes temas que afectan su vida en comunidad, deben remitirse al voto para resolver las diferencias de opinión.

Nada garantiza que la decisión de la mayoría sea la mejor, y obviamente en muchos casos no lo es; sin embargo, cuando se requiere legislar y gobernar, los debates deben cesar en algún momento para que los asuntos se definan y resuelvan.

NO SABE / NO RESPONDE

Me parece, pues, que en esto yo, aunque poco más, era más sabio, porque no creía saber lo que no sabía.

Sócrates
La Apología

Los ignorantes son los muchos, los necios son los infinitos; y así el que los tuviere a ellos de su parte, ése será señor de un mundo entero.

Gracián

No termina de asombrarme que 2.500 años después de que Sócrates expresara que lo único que sabe es que no sabe, los hombres continúen sin darse cuenta que ahí comienza el camino de la sabiduría secular. El nos enseñó que todos los que no eran conscientes de lo poco que sabían, eran los más ignorantes e insensatos.

Si esa confesión era válida en la Atenas de la Grecia antigua, hoy, en un mundo mucho más extenso, complejo, abigarrado y cambiante, es una verdad del tamaño de un continente.

Según un cálculo hecho por estudiosos de la comunicación, una edición normal del New York Times posee más información que la que obtenía un inglés del siglo dieciocho de cierta cultura durante toda su vida. El ciudadano común se ve hoy acosado por una apabullante avalancha de información que lo abrumba y satura, causándole normalmente una gran confusión.

Si el *dictum* Socrático mencionado es aplicable a los

NO SABE / NO RESPONDE

Me parece, pues, que en esto yo, aunque poco más, era más sabio, porque no creía saber lo que no sabía.

Sócrates
La Apología

Los ignorantes son los muchos, los necios son los infinitos; y así el que los tuviere a ellos de su parte, ése será señor de un mundo entero.

Gracián

No termina de asombrarme que 2.500 años después de que Sócrates expresara que lo único que sabe es que no sabe, los hombres continúen sin darse cuenta que ahí comienza el camino de la sabiduría secular. El nos enseñó que todos los que no eran conscientes de lo poco que sabían, eran los más ignorantes e insensatos.

Si esa confesión era válida en la Atenas de la Grecia antigua, hoy, en un mundo mucho más extenso, complejo, abigarrado y cambiante, es una verdad del tamaño de un continente.

Según un cálculo hecho por estudiosos de la comunicación, una edición normal del New York Times posee más información que la que obtenía un inglés del siglo dieciocho de cierta cultura durante toda su vida. El ciudadano común se ve hoy acosado por una apabullante avalancha de información que lo abrumba y satura, causándole normalmente una gran confusión.

Si el *dictum* Socrático mencionado es aplicable a los

hombres que dedican varias horas al día a la lectura y análisis de los hechos más sobresalientes de su sociedad y del mundo, así como al estudio de las mentes más lúcidas de la historia, ¿cómo será para la gran mayoría de los seres humanos cuyo interés y conocimiento se circunscribe a un radio de acción muy limitado?

Hemos visto que la premisa básica del credo democrático es la capacidad de la gente para gobernarse a sí misma, y que según esta concepción, la gente posee la madurez, el sentido de responsabilidad, el conocimiento y el discernimiento para saber qué sirve más a sus intereses y a los de su comunidad.

Los primeros demócratas consideraban que un juicio razonable brota espontáneamente de la gente. Hoy sabemos que eso no es siempre cierto. En realidad únicamente estamos en capacidad de responder con algún fundamento a las preguntas relacionadas con los grandes principios. Podemos estar a favor o en contra del ejército, de la libertad religiosa, de la conscripción militar, de la reelección presidencial, de la declaración de guerra a otra nación, de la pena capital, de la censura, del tamaño del Estado, de la educación sexual. El que nuestra posición sea atacada o vilipendiada no le resta fundamento.

Sobre cualquiera de estos temas existen argumentos a favor o en contra con los que se pueden llenar centenares de páginas. Son temas complejos, llenos de aristas. Pero no es posible que exista sobre ellos una respuesta que tenga exactitud técnica o científica. Las respuestas a esas preguntas responden a una forma de ver la vida, a una

filosofía personal. Los conocedores de esos temas han escrito sesudos libros sustentando sus tesis. Pero a esas tesis se oponen otras igualmente serias y fundamentadas. Cuando a los pueblos se les hacen preguntas sobre esos asuntos a menudo expresan un juicio razonable. Esta es una de las razones de la fuerza de la libertad y de la democracia.

La vida pública moderna está además llena de preguntas sobre asuntos en los que, para dar una respuesta que no sea una mera opinión, es necesario tener algún dominio del tema: lo financiero, la salud pública, el financiamiento de las universidades públicas, los programas de ajuste estructural, los sistemas tributarios, las reformas educativas, las reformas jurídicas, los problemas fiscales, las políticas ecológicas. La lista es larga. Para opinar con cierta autoridad y criterio sobre estos temas debemos conocer sobre esa rama del conocimiento. En esos temas es iluso e irresponsable creer que brotará de cada uno de nosotros, espontáneamente, una opinión razonable. Pertenecen a ramas del conocimiento humano sobre el que existen parámetros de medición y verificación bastante exactos. Sin embargo, si un encuestador o un periodista nos pregunta sobre esos temas, tenemos a menudo el descaro de opinar.

Finalmente existen temas sobre los cuales virtualmente nadie puede tener idea ni siquiera aproximada dado que su verificación requeriría un complejísimo trabajo de investigación: cuál es el mejor Ministro, cuál es la mejor institución, cuál es el principal problema del país, cuál va a ser la situación del país el próximo año, etc.

Las respuestas a estas últimas preguntas pertenecen al mundo de las ilusiones, las impresiones y las percepciones. Está bien que nos alimentemos el morbo con las respuestas a esas preguntas, pero no está bien que los periodistas y otros formadores de opinión pública crean que representan un auditoraje público de veracidad, eficiencia y honestidad. Esas respuestas expresan básicamente el mundo de las apariencias sensibles y no necesariamente el de la realidad.

La vida electoral es representativa del grado de obcecación de las creencias políticas de los ciudadanos. Varios estudios han analizado las razones de la afiliación partidaria y muestran las serias dificultades de los votantes para fundamentar sus simpatías más allá de respuestas vagas y poco convincentes tales como "tiene las mejores ideas", "es un hombre con experiencia". Si se le pide a la gente que precise un poco sobre esas ideas o esa experiencia, se la coloca en un aprieto.

Bien sabemos que si un encuestador moderno se encontrara a Sócrates, la mayoría de sus respuestas quedarían bajo el rubro **no sabe/no responde**. En las preguntas de carácter filosófico invitaría al encuestador a un rico diálogo, de manera que pudieran ir descubriendo juntos las verdades y los sofismas del tema.

A veces el rubro **no sabe/no responde** aparece con cifras bastante altas. Cuando eso ocurre me pregunto cuántos de esos entrevistados son discípulos de Sócrates y cuántos son simplemente lo que los sociólogos llaman ciudadanos anómicos. Creo que la mayoría pertenece a este segundo grupo.

La democracia moderna a menudo le pregunta a sus ciudadanos la opinión sobre lo humano y lo divino. Y generalmente la gente responde. Vive pues la democracia en un mar de opiniones dadas por gente que en su gran mayoría es incapaz de fundamentar esas opiniones.

EL GENERAL Y LA TROPA

El tema de las élites y las masas ha sido siempre un tema delicado. Existe una comprensible propensión a tratarlo con las manos del corazón y no con las de la razón. Es natural que muchos lo evadan: sobre todo los políticos, y algunos estudiosos de las ciencias sociales. Durante la última presidencia de don José Figueres¹, un fogoso líder de izquierda tuvo la oportunidad de arengar frente a él a un grupo de campesinos en una zona que tradicionalmente había vivido tensiones sindicales y de tenencia de tierra. El líder de izquierda expresó con buena información a mano el porcentaje de la tierra costarricense que estaba en manos de los terratenientes. Una vez que terminó el orador, don Pepe tomó la palabra y le dijo: "Le voy a decir algo peor: el 100% de los violines pertenece a menos del uno por mil de los costarricenses".

El estudio de cualquier sociedad muestra siempre la estructura piramidal en la composición del poder. **"Nadie -expresó Bryce- que ha tenido algunos años de experiencia en la conducción de los asuntos legislativos o administrativos, puede haber dejado de observar qué pequeño es el número de personas que gobiernan el mundo"**. Esta realidad sociológica se da en toda organización: partidos políticos, sindicatos, empresas, organizaciones deportivas. En toda sociedad existe un círculo pequeño de personas cuya influencia y poder en la sociedad es muy alto, que está rodeado por varios círculos concéntricos que, conforme se ensanchan, lo forman grandes grupos de personas que muestran poco

¹ Costa Rica, 1974-1978

interés y conocimiento de los asuntos públicos.

La constatación de la realidad de las élites no conlleva la idea de que los que gobiernan son necesariamente los mejores. Jefferson hablaba de una aristocracia **artificial**, la de la sangre y el dinero, y de una aristocracia **natural**, la de la virtud y el talento.

Bien sabía que en la historia humana la aristocracia artificial casi siempre había detentado el poder, y la natural a menudo había sido ignorada o incomprendida o, peor aún, se le había cortado la cabeza cuando había osado hablar.

El estudio de las encuestas nos confirma que son muy pocas las personas que tienen un conocimiento más o menos riguroso de alguno de los principales problemas públicos de una sociedad. Esto es natural y comprensible. Hemos hablado en estas páginas de la penetrante realidad que señala que aún los espíritus selectos que poseen el interés, el tiempo y el talento para estudiar los asuntos públicos, llegan a saber poco de los mismos. No tiene sentido esperar que quienes, por sus ocupaciones y preocupaciones, vocaciones o intereses, se encuentran alejados de esos asuntos, dominen las cuestiones públicas.

Todo actividad humana más o menos compleja requiere una organización que la maneje. Nada puede construirse, administrarse, negociarse o planearse con algún grado de orden y eficiencia como resultado de la acción de una masa de personas. Aún las empresas humanas más involucrantes, como la guerra y las

campañas políticas, son manejadas por un puñado de hombres. Pocos asuntos ilustran mejor el tema de las élites y las masas que el político-electoral: un análisis de este fenómeno en cualquier país nos muestra que, a menudo, los muchos eligen después de que unos pocos escogen.

CAMBIO DE OPINION

Desde el principio de mis estudios he tenido por regla que, siempre que encontré una mejor opinión en cualquier materia, gustosamente y sin oponer resistencia, he abandonado la anterior, consciente de que lo que sabemos es mucho menos de lo que no sabemos.

John Huss

Quemado en la hoguera por hereje.

1415

En las áreas donde, después de todo, decide el instinto o el sentimiento y no la razón, la discusión puede hacer poco para acelerar el tema.

E.A. Ross

El cambio de opinión de los individuos o de los grupos ha sido tema de estudio de la mayoría de los grandes pensadores políticos.

Durante los últimos años, gracias a un mayor perfeccionamiento de las técnicas de cuantificación de la opinión pública, se han multiplicado los estudios que intentan profundizar sobre este difícil tema de la génesis y la modificación de las creencias y las opiniones humanas. La premisa básica en la que todos coinciden es que el cambio de opinión es la excepción. Lo normal es que la gente defienda sus opiniones, no importa lo irracionales o insensatas que sean, con la misma pasión con que se defiende la propia dignidad. A. L. Lowell escribió: **"las opiniones tienen de común con las trincheras que ofrecen una resistencia obstinada a los ataques frontales"**. Esta extraña característica de la

naturaleza humana ha llevado a muchos pensadores a expresar con crudo realismo la incapacidad del hombre para escuchar y aceptar argumentos que supuestamente rebaten o al menos debilitan los suyos. Sobre este tema Jefferson escribió: **“Nadie cambia su parecer como resultado de un mero argumento. Un hombre puede cambiar su parecer como resultado de sus propias reflexiones, de lo que lea y digiera lentamente, pero los debates son una pérdida de tiempo ya que nunca persuadirán a nadie a aceptar un punto de vista diferente al que sostiene”**. Jefferson señala correctamente la incapacidad de los hombres para abrir su mente y su corazón a ideas y creencias distintas a las suyas. Sin embargo, creemos que se equivoca al negarle valor a las discusiones y debates públicos, ya que es evidente que éstos brindan un extraordinario beneficio a la comunidad, aún cuando no logren variar la opinión de los polemistas ni de uno sólo de los espectadores, pues obligan a los contendientes a afinar su pensamiento frente a los argumentos de los adversarios y sus palabras quedan impresas en la bitácora pública y de esta manera es más fácil pedirles cuentas cuando ejercen el poder. Además, toda sociedad posee un importante contingente de personas con espíritu crítico e independiente (aún cuando su número sea bajo) que estará en capacidad de evaluar de manera desapasionada los argumentos esgrimidos.

Las opiniones se desarrollan, influyen y cambian con alguna facilidad sobre tópicos en los cuales los individuos no poseen actitudes firmes y opiniones bien organizadas. Más aún, las opiniones pueden cambiar con más facilidad cuando tienen que ver con temas periféricos y no

cruciales.

Cuando las opiniones asientan sus raíces en una historia personal o familiar son muy difíciles de cambiar. La mayor parte de las simpatías políticas pertenece a este grupo. Estudios realizados en varias partes del mundo muestran que el color político es, en la mayoría de los casos, el resultado de una tradición familiar, más que de una decisión racional.

Una de las principales razones de la persistencia de las creencias y opiniones populares es el temor a la sanción pública. El que expresa una opinión opuesta a la mayoría puede correr el peligro de encontrarse aislado del grupo social en el que se desenvuelve. Por esto, el papel activo de iniciador de un proceso de formación de la opinión queda reservado únicamente para quienes puedan resistir la amenaza de aislamiento y de rechazo.

Hay momentos en las naciones en los que ocurren circunstancias extraordinarias (golpes de Estado, descalabros políticos o financieros) que quiebran la aritmética política que había prevalecido, y abren posibilidades a nuevas opciones. Aparte de estos casos de excepción, la composición electoral básica se mantiene a través de los años con pequeñas variaciones, como son el natural desgaste del partido en el poder, y los cambios producto de la realidad económica y social.

CUANTIFICANDO LA VIDA

Para que existan las respuestas primero tienen que formularse las preguntas.

Bloch

Se rastreaban ideologías, no la percepción pública. ¿Contar, para qué? Mejor hablar del peso de las ideas. Este vacío de verdaderas ciencias sociales suplantado por ideologías, tuvo varios agravantes.

Federico
Reyes

La democracia es una superstición basada en la estadística.

Borges

Durante milenios a la gente no se le preguntó su opinión sobre ningún tema; mucho menos se cuantificó nada que tuviera que ver con sus vidas. No se sabía cuánta gente estaba enferma, ni cuál era el número de los analfabetos, a qué edad morían, cuáles eran sus ingresos, qué pensaban de las torturas, a qué labores se dedicaban. No es pues de extrañar que María Antonieta, la señora de Luis XVI, no supiera que las turbas de París carecían de pan.

La manía de obtener información estadística sobre los seres humanos es muy reciente. El pionero en este campo, un inglés llamado Francis Galton, comenzó a usarla hacia la segunda mitad del siglo pasado.

La investigación sistematizada sobre la opinión de la

gente se desarrolló a partir de los estudios de mercado. Los primeros sondeos se hicieron en pequeños segmentos de la población para conocer cuáles eran los periódicos y revistas que leía la gente, y sobre las preferencias del público en relación con algunos productos comerciales.

Las investigaciones sobre las opiniones políticas se desarrollaron en la década de los 30. En 1935 el estadístico norteamericano George Gallup comenzó a hacer encuestas sistemáticas sobre los principales temas políticos y sociales de los Estados Unidos.

La popularización de las encuestas ha tenido un gran impacto en el desarrollo de la democracia representativa. Antes de su aparición, las elecciones eran la única instancia en que se escuchaba de manera bastante precisa la voz del pueblo. Pasadas las elecciones los gobernantes eran los únicos que, dentro de un ámbito de discreción bastante amplio, definían el sentir popular. Hoy podemos saber qué piensa la gente sobre los principales temas que afectan a la sociedad. En cierto sentido se vive una democracia directa en gran escala. Algunos analistas han señalado los peligros de esta nueva realidad. Estas personas consideran que los encuestadores, y los que alientan estas mediciones, creen erróneamente que con respuestas elementales de **sí** o **no** es posible enfrentarse con éxito a los complejos problemas de la vida moderna. Acusan a los encuestadores de alentar una visión simplista e ingenua, incapaz de reconocer que en varios de los temas el público no puede dar respuestas sensatas, ya sea por la ignorancia natural de grandes porciones de la población, como por la naturaleza eminentemente técnica de muchos de los

problemas.

A estas críticas los encuestadores responden que son conscientes de los límites de la opinión pública para tomar decisiones acertadas sobre algunos asuntos, a la vez que reconocen la normal sensatez del gran público a la hora de juzgar los grandes temas de orden ético y político que enfrenta la sociedad.

Algunos analistas consideran que los encuestadores cometen un grave error al ser incapaces de discriminar entre los temas sobre los cuales el gran público puede tener opiniones sensatas e inteligentes y aquellos sobre los cuales no es posible que tengan opiniones informadas. Los encuestadores que son incapaces de hacer esta distinción, incurren en un extraño error: indagan la opinión de la gente sobre asuntos que obviamente desconoce debido a la naturaleza especializada del tema, (por ejemplo, qué opinan del Programa de Ajuste Estructural o del Tratado de Libre Comercio). Si se hacen estas preguntas a la clase política y a los que poseen título universitario, encontraríamos que sólo unos pocos pueden dar una respuesta sensata y fundamentada. Una especie de inconsciente populismo lleva a los encuestadores a elevar la opinión popular a una categoría inexistente.

Elmo Roper, distinguido encuestador norteamericano, expresó en 1954: **“Quizá lo más significativo que hemos descubierto es la señalada importancia de las áreas de ignorancia que cubren a grandes sectores de la población. Hemos aprendido a descubrir quiénes ignoran y quiénes poseen información errónea sobre**

varios aspectos de la vida pública”.

Debo señalar, para consuelo de los que puedan indignarse con estas aseveraciones, que ésta es una realidad universal. Quien repase resultados de encuestas que se llevan a cabo en diversas partes del mundo, encontrará que un buen número de personas desconoce quién es, por ejemplo, el Ministro de Hacienda o el Presidente del Parlamento.

En los años 50, George Gallup, en una muestra de exagerado optimismo, expresó: **“Sorprendentemente pocas personas se encuentran completamente informadas sobre un tema determinado y no será hasta que lleguemos al próximo milenio que cada votante estará bien informado en todos los temas de importancia pública”.**

A pesar del conocimiento que poseía en esta materia el señor Gallup, queda manifiesta su incapacidad, como la de todos los mortales, para pronosticar. Los ciudadanos norteamericanos de hoy, y los de cualquier otra sociedad moderna, son al menos tan ignorantes y desinteresados en los temas públicos como los de los años 50. Sí acertó el señor Gallup cuando dijo: **“En una democracia como la nuestra subsiste un hecho incontrovertible: que la mayoría de los ciudadanos usualmente posee opiniones sensatas sobre temas generales de la vida pública aún cuando son ignorantes y se encuentran mal informados”.**

Tuvo razón al atribuirle sensatez a la opinión de la gente sobre los asuntos públicos, pero erró al afirmar que

llegará el día en que los votantes estarán bien informados sobre los temas de importancia pública. No son pocas las ocasiones en que los hombres comunes juzgan con mejor discernimiento y sensatez sobre algunos temas generales de orden público, que los gobiernos, los expertos y los representantes de grupos de interés, cuya educación y conocimiento es mayor. Esto se debe a que, en algunos casos, las opiniones de la gente común están motivadas por intenciones más generosas, mientras que las opiniones de las élites, se encuentran viciadas por los intereses particulares vinculados con el tema.

La metodología y la matemática de los sondeos de opinión ya casi llegaron al límite de la ciencia. El nuevo reto es depurar la profundidad y sutileza psicológica, antropológica, política, social y cultural de las preguntas, y afinar el discernimiento en el análisis de las respuestas. Sabemos poner el termómetro y obtener la temperatura correcta; lo que a veces parece que está en pañales es el ojo clínico; la capacidad para hacer al enfermo las preguntas pertinentes y, con los exámenes de laboratorio en la mano, diagnosticar acertadamente las dolencias del paciente.

Algo es irrefutable: no es posible concebir la democracia moderna sin estadísticas y encuestas. Los resultados de las encuestas son la voz permanente de la gente, plebiscitos sin urnas, ojo avizor.

Al pie: De manera recurrente aparecen proyectos de ley para regular el uso y el abuso de las encuestas. Soy declarado adversario de toda censura en este campo que no sea la natural regulación que incluya la inscripción

de sociedades dedicadas al ramo, con los datos legales y financieros, de manera que existan responsables en el caso de que alguien sienta que sus derechos se han visto lesionados con algún acto de las empresas encuestadoras. Lo demás lo regula la competencia. El que miente o distorsiona tendrá con los resultados reales de las otras empresas encuestadoras, o peor aún, con la implacable tosidez de los hechos, su más severo castigo. Y los que creen que un resultado falso cambia el comportamiento de la gente en lo que se refiere a afiliación política están equivocados. Sé que el tema es polémico y que quienes creen lo contrario no están muy dispuestos a oír argumentos. En todo caso debo señalar que el *"bandwagon effect"*, es decir la creencia de que la gente vota a ganar, es uno de los mitos electorales más entronizados que se continúa repitiendo como acto de fe, a pesar de que los tercios hechos constantemente confirman lo contrario.

PROPAGANDA

El arte consiste en ocultar el arte.

Ovidio

El esfuerzo para diseminar información interesada y ganar adherentes a puntos de vista particulares, es tan antiguo como el hombre. Siempre ha existido el deseo de unos hombres de ejercer influencia sobre las creencias y opiniones de otros seres humanos.

La vida de los grandes líderes religiosos, políticos y militares son ejemplo vivo de esta realidad. Los hombres que han marcado la pauta del pensamiento humano, consideraron importante convencer al mayor número de personas posible sobre la probidad y la veracidad de sus ideas y creencias. Todos, en algún momento, intentamos persuadir a los demás sobre las supuestas bondades de nuestras opiniones. En este esfuerzo de persuasión se usan todos los mecanismos que concibe la mente y el ingenio humano: la prueba, el ejemplo, la metáfora, la insinuación, la parábola, la mentira, la repetición, la murmuración, la exageración, la distorsión. Se apela a la autoridad divina, a la argumentación, a la verificación, a los fantasmas, a los temores, a los prejuicios, a la superstición, a los odios, a los amores, a la ciencia, a la pseudo-ciencia, a la fe. Para difundir este esfuerzo de convencimiento se usa el diálogo directo, el púlpito, el balcón, el podio, la plaza pública, la asamblea, el aula, el libro, la prensa, la radio, la televisión.

Hago estas observaciones generales, que a algunos parecerán verdades de perogrullo, porque van a servir

para entender que no es fácil dar una definición apropiada de propaganda.

La apropiada definición de este término no es una tarea que posea exclusivamente importancia académica, ya que tiene serias repercusiones prácticas. Recordemos que a menudo aparecen intentos de regularla, prohibirla o censurarla, y por lo tanto es importante definir con la mayor precisión posible qué entendemos por propaganda.

Veamos algunas definiciones del término "propaganda":

- **"Propaganda es el esfuerzo más o menos sistemático para manipular las creencias, actitudes o acciones de la gente por medio de símbolos"** (Enciclopedia Británica-Macropaedia)

- **¿"Qué es propaganda si no el esfuerzo para alterar las ideas y creencias a los cuales los hombres responden a fin de sustituir un patrón social por otro?"** (W. Lippmann, Public Opinion)

- **"La diseminación de conclusiones a partir de fuentes ocultas y con objetivos ocultos"** (William Albig, Modern Public Opinion)

"Toda clase de símbolos que influencien las opiniones, creencias o acciones sobre temas considerados como controversiales por la comunidad" (R.K. Merton-Social Theory and Social Structure)

He expresado que el esfuerzo de persuasión de los hombres para influir en las ideas, creencias y acciones de las otras personas, es algo consubstancial con la conducta humana. Según las definiciones anteriores propaganda es todo esfuerzo para manipular, alterar o influenciar de manera abierta u oculta las opiniones de la gente. ¿No resulta que abarcan tanto esas definiciones que en realidad no abarcan nada?

Para explicar las deficiencias de esas definiciones debemos ir un poco atrás en la historia y de manera muy general señalar su itinerario hasta el presente.

La propaganda como se conoce hoy es un fenómeno que adquirió por primera vez contornos precisos en las primeras décadas de este siglo. En los Estados Unidos la distinción entre los términos publicidad y propaganda se dió inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. Poco antes de la Guerra comenzaron a desarrollarse en ese país las técnicas y métodos de formas reconocidas de publicidad oculta. Estas herramientas no habían sido usadas de manera sistemática por los gobiernos. Durante la Primera Guerra Mundial se llevaron a cabo campañas de propaganda que tenían como propósito fortalecer el apoyo interno y externo hacia los planes bélicos de los diferentes Estados. Comenzó a verse que el propagandista no sólo distorsionaba, sino que fabricaba falsedades sobre los líderes enemigos, creando historias inventadas y diseminando rumores y atrocidades que nunca ocurrieron. Inevitablemente se comenzó a ver al propagandista como un cínico mentiroso. Después de la guerra, varios de los propagandistas de los países

aliados sintieron repulsión por su labor y expresaron mediante confesiones públicas culpabilidad por la naturaleza de su trabajo. En un famoso libro denominado **"Falsehood in Wartime"**, Sir Arthur Ponsoby, con no disimulada amargura, confesó que, cuando la guerra se declara, la primera baja es la verdad. **"La mentira - escribió- es una herramienta reconocida y extremadamente útil en la guerra, y todos los países la practican de manera deliberada para engañar a su propia gente y al enemigo"**. A raíz de estas confesiones se produjo un intenso debate sobre el papel de la propaganda en los países aliados, lo que produjo en el público una gran desilusión. Fue en esta época que la palabra propaganda adquirió un fuerte tono peyorativo. Llegó a conceptualizársele como la diseminación de ideas y creencias secretas, o de información o rumores clandestinos con el propósito de ayudar o dañar a una persona, partido, institución o causa.

Luego se implantó el marxismo-leninismo en la Unión Soviética y triunfó el nazismo en Alemania. Esos dos regímenes elevaron la maquinaria de propaganda al mayor grado de refinamiento que conoce la historia. Es precisamente debido a su abierta naturaleza totalitaria que esos sistemas políticos utilizaron y perfeccionaron la técnica propagandística.

En las sociedades totalitarias sólo hay una voz: la oficial. Esa voz nunca es cuestionada públicamente; no tiene que entrar en competencia con otras voces, no tiene que dar explicaciones ni respuestas. Por eso en las sociedades cerradas casi todo mensaje o símbolo que proviene del poder es catalogado como propaganda: el

discurso, la entrevista, el acto público, la valla, el afiche, las noticias. Cada una de esas instancias tiene la contundencia y la redondez de la propaganda: un control político total sobre su forma y su contenido.

La experiencia propagandística del marxismo y del nazismo produjo una gran distorsión del fenómeno de la propaganda que llega hasta nuestros días. A partir de esas experiencias, se atribuyó a la propaganda una extraordinaria capacidad de persuasión individual y colectiva que en realidad nunca tuvo. Veamos rápidamente las razones de este generalizado error.

Se repite constantemente que la diabólica maquinaria de propaganda del nazismo fue en gran parte responsable de la eficiencia con que sus dirigentes lograron influenciar el alma y la mente de millones de alemanes en favor de sus ideas bélicas, autoritarias y expansionistas.

Este no es lugar para profundizar sobre este interesante tema, pero considero que ésta es una apreciación errónea que, a fuerza de repetirse, ha terminado por aceptarse como una verdad incuestionable. En apretada síntesis expreso las razones por las que creo equivocado ese criterio.

a) La psicología social y el carácter del pueblo alemán poseen una fuerte proclividad hacia la obediencia (ver a Thomas Mann y a Fromm).

b) Muchas de las ideas del régimen nazi tenían bastante aceptación entre grupos importantes de la población

alemana, aún antes de su ascenso al poder.

c) En un régimen altamente autoritario la natural disposición hacia el disenso y la crítica disminuyen. La gente obedece, pero eso no necesariamente significa que estén de acuerdo con las órdenes.

El temor a la expansión soviética produjo en algunos centros de poder de Occidente una paranoia tal, que se atribuía al poder ideológico y propagandístico del mundo socialista, poderes y cualidades que nunca tuvo. Durante los momentos más álgidos de la guerra fría se hablaba constantemente del **"lavado de cerebro"** que podían sufrir los seres humanos que estuvieran expuestos a la propaganda enemiga. Esto trajo como consecuencia fuertes corrientes que favorecían la censura. Se otorgaba a la propaganda un poder extraordinario: se creía que era capaz de producir de manera masiva profundas metamorfosis en la conciencia, el comportamiento, las ideas y las creencias de los seres humanos.

El extraordinario laboratorio político, social, cultural y psicológico, que significó la caída estrepitosa del socialismo real ha dejado a la ciencia social importantes enseñanzas. Este hecho histórico abrió un inigualable laboratorio para analizar la influencia de la propaganda en las sociedades cerradas. Las poblaciones de la Unión Soviética y de los otros países de la Europa Oriental, se vieron expuestas, por más de medio siglo, al más ubicuo y pertinaz bombardeo de propaganda.

Cuando se abrieron las compuertas de la libertad de

palabra, y de la crítica, y los ciudadanos pudieron expresar sin temor alguno sus opiniones, se pudo constatar que la gran mayoría de la gente de esos países no había creído nunca en la ideología, ni en los mensajes, ni en la información que había intentado inculcarles el sistema político. Una vez caídos esos regímenes, fue evidente que casi ninguna de las ideas y creencias que estaban anidadas en el alma y en la mente de los habitantes de esas naciones, había sido sepultada bajo ese inmenso manto propagandístico: las creencias religiosas, étnicas, regionales, políticas y culturales, continuaban tan vivas como el día anterior al sistemático bombardeo de mensajes oficiales.

Muchas de las mentes más lúcidas de este siglo sobreestimaron la capacidad de la propaganda como arma letal para las conciencias individuales y colectivas (Russell, Popper, Fromm). Su equivocación es comprensible. Eran ya adultos cuando el mundo conoció por primera vez la masificación de los medios de comunicación. Estos medios constituían un fenómeno totalmente nuevo para el hombre y fueron a menudo utilizados básicamente con fines propagandísticos. Existía la creencia generalizada de que el poder de los medios de comunicación y de la propaganda era casi omnímodo. El tiempo y los hechos vinieron a demostrar que la capacidad persuasiva de la propaganda era muy baja.

Este ensayo no se caracteriza por ser una pieza apologética de la naturaleza humana; sin embargo, debemos admitir con satisfacción que en el caso de la propaganda el hombre ha mostrado grandes reservas

mentales y emocionales. La mente y la conciencia humana no son vasijas que se llenan o vacían fácilmente con lo que ven y oyen. La otra cara de la moneda de esta realidad antropológica, es la tozuda persistencia de las creencias humanas. Como hemos visto, una vez que los hombres creen en algo difícilmente cambian de opinión, aún cuando aparezcan pruebas contundentes que contradigan sus creencias.

Dejamos para el siguiente capítulo nuestra definición de propaganda.

LA PROPAGANDA EN UNA SOCIEDAD ABIERTA

El ideal democrático considera que si una gran cantidad de voces de cualquier naturaleza (propaganda, noticias, entrevistas, mensajes oficiales), son libres de competir continua y públicamente, las mejores ideas, en camino largo, prevalecerán.

Obviamente, en la vida práctica ese ideal está lejos de convertirse en realidad, pero la competencia de las ideas continúa siendo el mejor antídoto contra el error y la mentira.

Cuanto más cerrado, censurado y vertical es el sistema político, más son las posibilidades (siempre limitadas) de que la propaganda tenga alguna influencia sobre las mentes y los sentimientos de sus receptores. Cuanto más abierto, competitivo y variado es el sistema, menos son las posibilidades de que una sola voz, o unas pocas voces, impongan sus criterios. Por eso, sin alguna forma de censura, los efectos de la propaganda son virtualmente nulos.

Para que la propaganda tenga alguna influencia debe existir una barrera entre el público y la realidad; debe limitarse el acceso de la gente al ambiente real antes de que alguien pueda "crear" y divulgar un ambiente artificial. Aunque la gente que tiene acceso directo a la realidad puede percibir equivocadamente lo que ve, nadie puede inducirle una determinada percepción de la realidad. Si cada quien decide dónde, cuándo y qué observar, y si se encuentra literalmente bombardeado por

mensajes de las más diversas tendencias, ningún mensaje en particular tendrá la fuerza suficiente para influirlo de manera determinante.

En las sociedades abiertas lo natural es que exista un amplio flujo de la información; sus fuentes son muy variadas: el gobierno, los congresistas, los periodistas, los formadores de opinión, los partidos políticos, los sindicatos, las cámaras patronales, las instancias judiciales, los ciudadanos, los educadores, los religiosos, etc. El poder es una voz más que a menudo es criticada y refutada. La voz oficial tiene que sobrevivir en colisión con muchas otras voces. Cada una de esas voces lucha con todas las armas de la retórica para influir en el mayor número de personas, pero no tiene sentido catalogar como propaganda cada discurso, entrevista o declaración del gobernante. Esas voces entran al mundo noticioso y aunque manipulen, mientan, exageren o distorsionen, no pertenecen al reino de la propaganda. Si catalogáramos como propaganda cada una de estas manifestaciones estaríamos aceptando que todo mensaje proveniente del poder político, o de cualquiera de los otros grupos de la sociedad civil, es propaganda. Mi criterio es que los mensajes que ingresan al mundo noticioso en el que existe continuamente una colisión de argumentos entre los diferentes grupos, aunque tengan la abierta u oculta intención de manipular o influenciar las opiniones o actitudes de otras personas, no constituyen propaganda. Ciertamente esos mensajes son casi siempre parcializados e interesados y a veces abiertamente falaces, pero estas características no los convierten en propaganda. Recordemos que en general las opiniones humanas sobre temas controversiales son

una visión parcializada, interesada y subjetiva de la realidad. Con mayor razón los mensajes políticos.

En las sociedades democráticas modernas podemos catalogar como propaganda aquellos mensajes en los que el agente posee total control sobre su forma y su contenido. En las sociedades abiertas esto es posible en los siguientes casos:

a) Por medio de los campos pagados en la radio, la prensa y la T.V.

b) En los espacios que ceden los medios por orden de la ley o por concesión gratuita, al poder político o a cualquier grupo de la sociedad civil.

c) En los llamados "signos externos" (vallas, afiches, volantes).

Un mensaje en estas condiciones brinda una información discriminada, obviamente favorable en todos sus extremos, a los intereses del emisor sin que tenga que pasar por ningún filtro. No tiene ningún elemento dialéctico o cuestionador que implique análisis o argumentación. Afirma, ataca, denuncia o defiende. Su mensaje tiene un carácter conclusivo, sintético, simplista y a menudo repetitivo. Pero, reiteramos, la principal característica de la propaganda en una sociedad abierta es que el emisor tiene un control total del mensaje, y que en su propio espacio no se ve enfrentada a ningún mensaje que la cuestione o la contradiga.

Repetimos: toda la información proveniente del poder

político o de la sociedad civil que entra a la corriente noticiosa, cualquiera que sea su forma y su contenido, pierde su carácter propagandístico. En este ámbito cada mensaje tiene que competir con otros mensajes. Se da una colisión de argumentos que, al enfrentarse, se fertilizan y se purifican mutuamente. En este caso nos encontramos en el campo de la retórica, de la dialéctica o de la mayerútica, pero no en el de la propaganda.

El público de las democracias está acostumbrado a observar cotidianamente el libre juego informativo. La gente discrimina fácilmente entre el mundo noticioso y la propaganda. Al mundo noticioso se le atribuye una mayor credibilidad; el público percibe que ahí se manifiesta la vida "tal como es". El carácter maniqueo, manipulador, repetitivo, simplista y parcializado de la propaganda es fácilmente reconocible. Es pues comprensible que entre el público su reputación sea muy baja. La estigmatización de la propaganda es de tal magnitud -entre otras causas porque se le asocia con los regímenes autoritarios-, que todos evitan utilizar el término. A las oficinas que hacen esta tarea se las llama "de Información" o "de Relaciones Públicas". Nadie se atreve hoy, como el infame Joseph Goebbels, a poner en la placa de la puerta de su oficina la leyenda: "Ministro de Propaganda".

En las sociedades democráticas más avanzadas los gobiernos no hacen propaganda. Quienes están a cargo de la imagen o la información de los gobiernos saben bien que la propaganda no sólo tiene un efecto muy limitado en las conciencias, las actitudes y el comportamiento de los ciudadanos, sino que su uso a menudo provoca el efecto contrario.

LA PROPAGANDA ELECTORAL

El proceso electoral es el único ámbito de las democracias modernas en el que la propaganda posee una mayor aceptación entre los ciudadanos.

Una gran parte de los presupuestos de los partidos políticos en contienda se invierte en la compra de espacios en la radio, la prensa y la televisión. Hay quienes consideran que, aparte de la labor de divulgación de la imagen y las ideas del candidato y del partido a través de los medios de comunicación, (por medio de campos pagados o de espacios noticiosos), las campañas políticas modernas deben dedicarse únicamente a hacer encuestas, y a captar recursos. Otros consideran que esta es una visión demasiado fría y cínica del proceso electoral, pero la experiencia confirma que en un mundo enlazado por los medios de comunicación, muchas de las tareas tradicionales de las campañas electorales no poseen más que un valor ritual y casi ninguna efectividad.

En varios países se han llevado a cabo investigaciones para medir el impacto de la propaganda durante el proceso electoral. La medición es sencilla. En esos países durante el período electoral hay sondeos de opinión pública prácticamente todos los días. Es cuestión de medir la simpatía política del electorado inmediatamente antes de que comience la difusión de la propaganda, especialmente la de televisión que es la que tiene mayor penetración e impacto, y continuar midiendo el pulso político hasta el día de las elecciones.

Esas investigaciones señalan que no más de un 3% del

electorado cambia su posición como resultado de la propaganda electoral. La gente atribuye mayor importancia a la información que se divulga por medio de la corriente noticiosa. Con todos los riesgos de sesgo y manipulación que pueda tener la prensa, la imagen de la realidad que transmite es más confiable y creíble que la de la propaganda.

Una de las razones de la baja capacidad persuasiva de la propaganda electoral es que, como hemos visto, no es capaz de cancelar las realidades objetivas y subjetivas básicas. Si la gente tiene arraigada una determinada creencia, no existe propaganda alguna capaz de cambiarla.

Los votantes tienen en general un mal concepto de la propaganda electoral. La aceptan como un mal necesario, pero irrelevante. Las razones de esta percepción son sencillas:

a) La propaganda del adversario es rechazada *ad portas*. Recordemos que la mayoría de los seres humanos primero definen y luego ven, esto es, perciben selectivamente la realidad.

b) La propaganda de su propio partido tampoco goza de sus simpatías ya que en general les parece innecesaria debido a que su decisión electoral ya está tomada.

c) Los indecisos, o son personas que ya han tomado partido pero son celosos de la privacidad de su decisión, o si realmente su estado es de indecisión, difícilmente será la propaganda la que esfume su dilema. Su propia

condición de escépticos es la causa de su incredulidad con respecto a la propaganda.

Si la propaganda posee un efecto tan bajo sobre los votantes, ¿a qué se debe que se inviertan sumas tan cuantiosas en ese rubro? Una de las razones es que aún son muchos los que no se han percatado de esta realidad.

Otra razón es que si una de las partes invierte en propaganda las otras se ven arrastradas a hacer lo mismo.

En todo caso debemos señalar que la propaganda electoral surte algunos efectos en las siguientes circunstancias:

1) Reforzamiento

En este caso el mensaje que se transmite fortalece la respuesta racional o emocional sobre un tema determinado, que ya está enraizada en la conciencia del grupo al cual va dirigido. La mayor parte de la propaganda camina en esta dirección.

2) Cristalización

Este es el fenómeno mediante el que se difunde un mensaje acerca de un tema sobre el cual, aparentemente hay poco interés entre la audiencia meta, pero que, como resultado de su divulgación, se logra cristalizar en una porción de esa audiencia un interés inicialmente inexistente.

3) Divulgación de información desconocida

Una campaña política produce una saturación de información virtualmente imposible de digerir ni siquiera por un ciudadano informado e interesado. Durante el proceso electoral coexisten de manera apretujada discursos, conferencias de prensa, propaganda, debates, análisis, denuncias, comentarios de formadores de opinión pública y del público, etc. La saturación de la propaganda y de la información noticiosa relativas a la campaña electoral, produce en un alto porcentaje de los electores una sensación de hastío y rechazo. Esto disminuye la de por sí baja capacidad de absorción, que posee el hombre moderno ante el inmenso flujo de información que tiene frente a sí. Además, a veces resulta difícil insertar en la corriente noticiosa información de gran trascendencia electoral. En estos casos, la propaganda sí juega un papel muy importante: la de transmitir de manera precisa información relevante que, en opinión de uno de los grupos políticos en contienda, debe ser de conocimiento del electorado y que -repetimos- por alguna razón, no es divulgada por los medios de comunicación en sus espacios noticiosos.

AGORA MODERNA

Un pueblo que intenta gobernarse a sí mismo, debe armarse con el poder que da el conocimiento. Un gobierno popular sin información popular o los medios para adquirirla, no es sino el prólogo a la farsa o a la tragedia, o a ambas"

James Madison

Por ser la opinión del pueblo, el fundamento de nuestro gobierno, el primer objetivo debiera ser mantenerla intacta, y si yo tuviera que decidir entre tener un gobierno sin prensa o prensa sin gobierno, no dudaría un instante en preferir esto último.

Thomas Jefferson

La concepción original de un público de discusión y disputa ha sido abandonada. La opinión pública ya no se refiere exclusivamente a opiniones expresadas en público y luego recogidas por la prensa. Hoy está en buena parte formada por la prensa y modelada por la industria de la opinión pública, por las encuestas y por los grupos de interés.

El lema cardinal del periodismo moderno es "**El derecho del pueblo a ser informado**". La prensa se justifica a sí misma por medio del público; existe para informarlo, sirve como prolongación de sus ojos y sus oídos, y para representar y proteger sus intereses. Todos los privilegios y las prerrogativas de la prensa, tales como el derecho a la información, o el derecho a mantener las fuentes confidenciales, tienen sustento racional en el público, es decir, en el pueblo.

La vida pública y los procesos electorales modernos se juegan en buena medida en los medios de comunicación. No es posible concebir una democracia moderna sin una prensa libre e independiente, ni es posible una prensa con estas características, si no es dentro de la vida democrática.

La democracia es fundamentalmente diálogo, constante confrontación pacífica de ideas e intereses. Ningún ámbito es más apropiado y eficiente que el de la prensa, a pesar de los defectos que podemos atribuirle, para que se lleve a cabo esta incensante colisión de opiniones. La prensa es un inmenso espejo con formas cóncavas y convexas que refleja, con las distorsiones propias de un espejo de manufactura pobre, la vida de nuestra comunidad y del mundo.

Existen dos puntos de vista predominantes sobre la prensa. Uno que considera que la prensa y los periodistas han llegado muy lejos invadiendo competencias que no les pertenecen al asumir la función de guardianes de las instituciones y los funcionarios públicos. Quienes sostienen esta tesis consideran que la constante y acerva crítica de los asuntos públicos ha empezado a socavar el consenso necesario para el cabal funcionamiento de la democracia.

Los que sostienen la posición contraria consideran que la anterior es una tesis cínica, falsa y peligrosa. Creen que es natural y saludable que exista una persistente tensión entre el poder y la prensa pues ambos buscan distintos cometidos. Los que ejercen el poder cometen a menudo errores y abusos en la administración de los

bienes públicos; la función de la prensa es la servir de canal a todas las inquietudes de tipo político, económico o social y frecuentemente, en esta labor, se ve obligada a investigar y a denunciar el abuso del poder.

Lo cierto es que la prensa es esencial para la supervivencia del régimen democrático ya que sin una prensa libre e independiente, capaz de informar sobre los temas más candentes y polémicos de la vida pública, los ciudadanos se encontrarían desarmados para luchar por sus derechos.

La prensa no tiene potestad para dictar sentencia contra nadie ni debe creer que es dueña de la verdad. No es la prensa la soberana en una democracia, es el pueblo. Sin embargo, es una verdad evidente que uno de los mejores mecanismos que tiene el pueblo para ejercer su soberanía es estar lo mejor informado posible para así poder influir en los debates y en las decisiones públicas, y que la mejor manera que conocen las sociedades democráticas modernas para diseminar esta información son los medios de comunicación colectiva.

La prensa y el poder son instituciones con objetivos distintos e inclusive antagónicos. El fin del poder es ejercerlo y el de la prensa es, entre otros, difundir, analizar, cuestionar y debatir la información de la actividad del poder. Los políticos y los gobiernos poseen un vasto poder para confundir y engañar a la gente y distorsionar las noticias. Otras organizaciones como las corporaciones, el sistema financiero y la policía, pueden llevar a cabo impunemente decisiones arbitrarias que afectan la vida y el bienestar de millones de personas si

sus actividades no son sujetas a un constante escrutinio. Sin una prensa libre, fuerte e independiente que ventile cotidianamente los abusos que origina el poder, los derechos de la gente se verían seriamente cercenados.

La prensa está lejos de ser perfecta. A menudo se equivoca y, en no pocas ocasiones, su arrogancia la hace cometer injusticias y arbitrariedades. Pero esta elemental realidad no debe ser excusa para negarle el singular valor que posee en cualquier sociedad abierta.

Hace algunas décadas lo normal era que la prensa sirviera de manera preferente de vehículo un tanto pasivo de los mensajes oficiales. La agenda de la prensa era en buena parte confeccionada por el poder político. Hoy la mayoría de los medios de comunicación diseñan su propia agenda; buscan ser espejo de la sociedad civil más que del poder político.

Una verdad evidente, que sin embargo hay que repetir constantemente, es que la prensa juega un papel central en una democracia moderna. De ella depende en buena medida la calidad y la intensidad del debate político.

Los mensajeros

A menudo el periodista sabe poco de mucho y mucho de nada. Además, tiene en común con todos los demás mortales, que percibe la realidad selectivamente: posee un bagaje de ideas, creencias, intereses, prejuicios y estereotipos sobre los principales asuntos de interés público o privado del que no se puede despojar a su antojo cuando ve, percibe y escribe sobre la "realidad".

Con lo anterior no deseo dejar la impresión de que los periodistas son un grupo de inescrupulosos para los cuales la única verdad es la suya: simplemente deseo resaltar que la objetividad periodística es una labor difícil, pues viaja a contrapelo de la naturaleza humana. Dichosamente en el periodismo que se practica en las sociedades modernas existe un serio y sistemático análisis crítico y autocrítico de su papel y de sus métodos, que ha mejorado substancialmente su desempeño.

ESPEJO AMBIGUO

La televisión es el más extraordinario medio de comunicación jamás inventado. El impacto de este medio de comunicación sobre la substancia de la vida pública ha sido cuando menos tan grande como su impacto en nuestra vida personal.

Su presencia es tan poderosa y ubicua que no podríamos concebir el mundo sin su existencia. Todos sabemos que la gente pasa frente a la pantalla de su televisor varias horas al día.

La idea que tenemos del mundo está en gran parte definida por la acumulación de imágenes que hemos visto en la pantalla de nuestro televisor. En la actualidad todo espectáculo de cierta importancia y magnitud se organiza pensando en la cobertura que del mismo va a hacer la televisión. La campaña electoral, el más importante acontecimiento de la democracia, es un rito que hoy se oficia casi exclusivamente en sus pantallas.

Probablemente el mayor impacto que ha producido la televisión en las campañas electorales es su confinamiento al ámbito privado. Hasta hace poco tiempo las elecciones eran un acontecimiento que se desarrollaba exclusivamente frente a masas de simpatizantes en plazas públicas, mercados, o en visitas a barrios y caseríos.

En el escenario de la plaza pública el político esgrime frente a sus partidarios una oratoria en la que difícilmente hay una sola frase que no lleva el fuego de la retórica

emotiva, cargada de mensajes que invitan a unirse a la batalla denostando al enemigo y atribuyéndose él y su grupo todas las virtudes. No es la plaza pública lugar para la argumentación ni la reflexión. Ahí sólo hay cabida para los tambores de guerra que anuncian la victoria del propio grupo, reducto de las mejores virtudes cívicas, y la derrota del adversario, refugio del error y del mal.

En la actualidad, la mayoría de los ciudadanos viven la política electoral sentados en la privacidad y soledad de sus hogares. Este ambiente atenta contra la retórica encendida.

El ciudadano ve y escucha diariamente a los candidatos por medio de la televisión: Sus hogares, su oficinas, sus vestimentas, sus gestos y ademanes. El espectador de televisión llega a familiarizarse de tal manera con los personajes que ve a menudo en su pantalla, que tiene la sensación de que en realidad los conoce. Esta familiaridad atenta contra la posibilidad de crear grandes líderes. Nadie es un héroe para su *valet*, decía Napoleón. Nadie es un héroe para el espectador de televisión que ve desfilar una y otra vez a sus líderes en momentos sublimes y ridículos.

Al final de una campaña electoral el ciudadano común ha escuchado puntos de vista y comentarios de los candidatos sobre muy diversos temas; los ha visto responder preguntas difíciles sobre asuntos mundanos y trascendentales. Los ha observado reaccionar en situaciones embarazosas y teniendo que responder a argumentaciones que aparentemente destrozan sus opiniones. Todo esto se percibe en un ambiente más

sereno, reposado, ajeno a la psicología de masas. Esta envolvente realidad tiende a convertir a los electores en un grupo menos tribal y más reflexivo.

Hace cinco siglos Maquiavelo escribió: **“Los hombres en general juzgan más por los ojos que por las manos; y si pertenece a todos el ver, no está más que a un cierto número el tocar. Cada uno ve lo que parecer ser; pero pocos comprenden lo que eres realmente...el vulgo se deja siempre coger por las exterioridades y seducir del acierto”**. Extraordinaria y perspicaz observación sobre la percepción humana. El que toca conoce mejor, está realmente junto al sujeto; éstos son unos pocos. Los que sólo ven al Príncipe cuando se asoma al balcón o al Presidente cuando se asoma a la televisión son la gran mayoría. Los que sólo ven perciben una apariencia, una ilusión.

A menudo se dice que la televisión es un medio tan directo y cercano, que inevitablemente descubre la verdadera identidad de los políticos. Quienes así opinan consideran que -tarde o temprano- el público descubre el verdadero *ethos* que hay detrás de la máscara. Esto, por supuesto, no es siempre cierto. La capacidad humana para el engaño y la mentira es infinita. Es posible ignorar importantes facetas de una persona que hemos conocido durante 20 años; con mayor razón es posible ignorar quién es realmente ese ser humano que hemos visto mil veces en la televisión. Difícil tarea es conocernos a nosotros mismos para tener la vana ilusión de creer que sabemos quién es en realidad un personaje porque lo vemos a menudo en la televisión. Por más exposición que tenga una figura pública únicamente vemos sus

exterioridades. Con un poco de experiencia y asesoría, el "líder" puede, con alguna facilidad, dar la impresión de ser lo que no es.

En todo caso lo cierto es que la televisión, más que los periódicos, la radio o el cine, proporciona la sensación de que lo que muestra es la verdad. Historias, documentales y noticias adquieren una sensación de realidad sin parangón. La gente considera que lo que ve es la realidad "tal como es".

Algunas encuestas y estudios demuestran que los ciudadanos consideran que la televisión es el medio que más utilizan y en el que más confían para mantenerse informados sobre la vida pública en general, y sobre las campañas electorales en particular. Sin embargo, debemos matizar la anterior aseveración con algunos comentarios:

a) La televisión selecciona, ordena y edita. Aún en las transmisiones en vivo el camarógrafo y el director enfatizan y seleccionan porciones específicas que son las que lanzarán al aire. La televisión, no es una transmisora neutral de mensajes. Estructura lo que los televidentes perciben como real, mediante la selección, énfasis e interpretación de los hechos.

b) La televisión ha sido acusada de dar un tratamiento superficial a las noticias, tanto sobre la vida pública, como sobre las elecciones. En un estudio realizado a principio de los años 80, los investigadores sociales Thomas E. Patterson y Robert D. McClure expresaron: **"Lo que emerge de nuestro estudio es que las noticias de T.V.**

de la noche presentan una imagen de la política completamente carente de substancia”.

A menudo se señala que la televisión se concentra en la faceta carnavalesca y pomposa de la campaña electoral y que deja de lado el análisis de los temas de fondo. Durante las elecciones, los noticieros de televisión dedican una buena parte de sus espacios al rito electoral y a la medición de lo que los norteamericanos llaman la “carrera de caballos”.

Por esa razón los investigadores consideran que, en contraste con la televisión, los periódicos son un medio más efectivo para brindar información más profunda a los votantes.

Estudios muestran que una regular exposición a las noticias de la televisión no influye de manera significativa en el conocimiento de la gente. El tiempo invertido en la lectura de un periódico aumenta más el conocimiento de un tema que el tiempo invertido en ver televisión. Obligada a resumir en unos pocos segundos problemas que a menudo poseen gran complejidad, la televisión deja una sensación más vaga e imprecisa que la que otorga la lectura del periódico.

Si le pedimos a un televidente que acaba de ver determinadas noticias que nos comente lo que observó, tenderá a dar una respuesta más imprecisa que la que daría en caso de haber leído la misma noticia en la prensa escrita.

El impacto de la televisión es mayor cuando se refiere

a temas de gran dramatismo visual: el accidente, el incendio, la guerra, los motines, la virulencia verbal de los parlamentarios, el asesinato. Aún cuando la noticia sea de gran trascendencia, si no es fuente de imágenes atractivas, su capacidad para atraer y mantener la atención del televidente será baja (asuntos macroeconómicos, jurídicos, etc).

Entre los grupos más educados y más interesados en los asuntos públicos se manifestó desde hace algunos años un desencanto por la sucinta noticia de un minuto sobre temas de gran complejidad. La inevitable carlanca que el tiempo impone a la televisión fue haciendo cada vez más obvia la insuficiencia de una respuesta de 10 segundos de cada una de las partes en contienda sobre temas de interés público. Esta realidad se hizo aún más patente durante la época de las elecciones. El tratamiento normal era limitarse a las partes más superficiales del proceso sin poder meterle el diente a los temas de fondo que se debatían en la campaña. El cansancio de una parte del público por el formato tradicional de los noticieros y una actitud más autocrítica e independiente de los periodistas, incentivó la proliferación de programas de comentarios y análisis de diversos formatos. Es largo aún el camino por recorrer pero es significativo el avance hecho por la televisión como ágora donde todos podemos concurrir para escuchar en espacios más amplios, las voces de los diferentes grupos de interés (políticos, empresariales, sindicales, etc.), y las voces independientes de técnicos, expertos y hombres de pensamiento sobre los más apremiantes problemas de la sociedad.

La televisión debe ser juzgada como un factor preponderante en la vida pública y política ya que representa la más alta expresión tecnológica y comunicadora que conoce la humanidad; abarca el mayor territorio y el mayor número de personas y está en capacidad de reducir o eliminar el lapso entre el momento en que ocurre un hecho y su transmisión. Sin embargo, lo que corrobora la evidencia científica es que, a pesar de su extraordinaria capacidad comunicadora, el poder de la televisión para transformar de manera determinante las ideas, creencias y actitudes humanas es igualmente bajo que el de las otras formas de comunicación que ha conocido el hombre a través de la historia.

EXPERTOS

Hemos señalado que la mayor parte de los asuntos públicos son ajenos a nuestro conocimiento y experiencia. Dado que la mayoría de los hechos ocurren lejos de nuestro mundo personal, un informe o comentario sobre esos hechos, sea falso o verdadero, generalmente posee similar apariencia. Únicamente en unos pocos asuntos públicos en los que nuestro conocimiento es suficientemente amplio, podemos distinguir con buen criterio entre análisis o informes verdaderos o falsos.

La mayoría de la gente, incluso la más educada no posee la información suficiente para evaluar con fundamento la veracidad o falsedad de las palabras de los polemistas sobre un tema de interés público. Por eso es frecuente que un observador imparcial de un debate exprese que los argumentos de una de las partes le parecen razonables y convincentes, y que cuando escucha a la parte contraria los contraargumentos le parecen asimismo creíbles y convincentes. Cuando el observador tiene un interés personal en el tema en discusión el asunto es generalmente más sencillo; antes de escuchar los argumentos de las partes en conflicto sabe de manera cabal y contundente dónde se aloja la verdad.

En la difícil búsqueda de la verdad sobre los asuntos públicos las sociedades abiertas pueden recurrir fundamentalmente a dos expedientes: a) fomentar el enfrentamiento de los distintos argumentos con la esperanza de que esa colisión los purifique y así podamos los espectadores separar un poco la paja del grano y, b) llamar a los expertos a que expresen su opinión sobre el

tema.

El asunto de los expertos no es fácil. Teóricamente debemos escoger los mejores expertos en cada tema pero su selección es bastante difícil. Los mismos expertos discrepan fuertemente sobre quiénes son los expertos. Además, muchos son absorbidos por la vida política o económica y rara vez sus comentarios son sinceros y desinteresados. Recordemos además que nadie está vacunado contra el error. Grandes pensadores han sostenido grandes errores. Aún las mejores mentes piensan a menudo irracionalmente: su *logos* puede estar afinado, pero su *ethos* y su *pathos* puede estar descarriado. Quizás esté en capacidad de calcular logaritmos y de aplicar correctamente las reglas gramaticales, pero su psique y sus entrañas emocionales pueden sufrir de serios trastornos que terminan alterando sensiblemente su idea de la realidad.

A pesar de estas limitaciones, los expertos (idealmente independientes), proveen un innegable servicio en el intrincado mundo actual.

Veamos algunos de sus aportes:

a) Desintegran el partidismo. En un mundo donde la mayoría de la gente (incluyendo a la clase política e intelectual) ve las cosas según el color del partido político de sus simpatías, el experto es capaz de alzar la mirada y dar una opinión más técnica y objetiva.

b) Pueden evaluar con mejor criterio una parcela determinada de la realidad. Una de las mejores muestras

de la soberbia humana es la creencia de que manejando principios generales podemos arribar siempre a buen puerto en el mundo político, económico y social. Lo cierto es que a menudo los problemas son tan complejos que su diagnóstico y sus soluciones no engarzan en ningún principio general. Es el experto quien puede ocuparse con más propiedad de estos asuntos ya que su entrenamiento intelectual le permite actuar por encima de supersticiones, estereotipos y prejuicios.

La televisión y los otros medios de comunicación, en sus espacios de análisis y comentarios, son un extraordinario vehículo para presentar a entendidos y a legos los distintos puntos de vista de los temas de actualidad y relevancia pública. Una buena nómina de expertos independientes en esos espacios constituye un gran aporte al mejoramiento de la sociedad.

RETORICA, DEBATE, CENSURA Y VERDAD

La oratoria política es el arte de decir vulgaridades con corrección y propiedad.

A. Palacio Valdez

En la vida política la naturaleza del discurso es en general distinta que la de la ciencia. Desde el punto de vista **lógico** si hay dos grupos en disputa uno podría ser catalogado como el que **sabe** y el otro como el que **opina**, o uno como el que sostiene la **verdad** y el otro como el que mantiene una **opinión falsa**. Pero desde el punto de vista **político** los oponentes representan un conflicto de opinión en el que cada grupo merece el beneficio de la duda de que la verdad se encuentra de su lado.

Al lenguaje o discurso que se utiliza en el mundo político se le da el nombre de "**Retórica**", que es el arte de persuadir mediante el uso de instrumentos lingüísticos. El diálogo platónico que lleva por nombre Gorgias, o de la Retórica, indaga con insuperable maestría este tema. Para Gorgias, la retórica "**es un arte que tiene que ver con los discursos, más no todos, sino con aquellos que se ocupan de producir persuasión en los miembros de los tribunales y en las asambleas del pueblo, y que versan sobre lo justo y lo injusto**". Para Sócrates, si se aplica para halagar las pasiones de la muchedumbre, la retórica es el punto más bajo en el que puede caer la elocuencia. Expresa: "**Deja de ser un arte y se convierte en un empirismo, una rutina semejante a la cocina, que se limita a agrandar con determinados platos, aún a costa de la salud**". Más adelante Sócrates

le pregunta a Gorgias: “¿Te parece que los oradores hablan siempre con la atención puesta en el mayor bien y que persiguen la manera de conseguir que los conciudadanos sean lo mejor posible por obra y gracia de sus discursos? ¿O también ellos buscan afanosos el agrandar a los ciudadanos y despreciando el bien común con la vista puesta en su propio interés, tratan a los pueblos como niños sin otra aspiración que darles gusto y sin pararse a pensar si mejorarán o empeorarán por ese procedimiento?” El mismo contesta: “En efecto, si hay dos clases de retórica, la última será adulación y vergonzosa oratoria demagógica, y la bella será la otra...”.

¿Podrán encontrarse palabras más elocuentes y precisas para describir la oratoria política del presente o de cualquier otro momento de la historia? ¿Cuál es el remedio para esta inevitable realidad del discurso político? La solución, la única que se conoce desde hace dos milenios y medio, es el más constante e intenso debate y escrutinio de todos los asuntos públicos. Únicamente mediante la colisión de los distintos puntos de vista -cada uno de los cuales es parcial, subjetivo e interesado- pueden purificarse un poco los argumentos. **“Si una opinión no ha sido completa, frecuente y valientemente discutida** -expresó John Stuart Mill- **será sostenida como un dogma muerto, y no como una verdad viviente”**. Por eso -entre otras muchas razones- es tan dañina y perversa toda forma de censura sobre el pensamiento humano. No tiene caso que hablemos cuando otros lo han hecho con insuperable lucidez. Oigamos de nuevo a Mill: **“La singular maldad de silenciar la expresión de una opinión es que crea una**

confiscación a la raza humana, a la posteridad así como a las actuales generaciones: si la opinión es correcta, se les está privando de la posibilidad de cambiar el error por la verdad; si es equivocada, pierden un beneficio casi tan grande como el anterior: la posibilidad de tener una percepción más clara y una impresión más viva de la verdad como consecuencia de su colisión con el error”.

Hemos arribado a la verdad. En realidad prefiero hablar del error más que de la verdad. La certeza generalmente es una ilusión. En la política y en las leyes, la verdad casi siempre es provisional. Sin embargo, a pesar de su naturaleza vaporosa, en algunas ocasiones en los asuntos humanos no es difícil reconocerla. Todos podemos distinguir entre la censura y la irrestricta libertad de expresión, entre la corrupción y la honestidad, entre la promesa cumplida y la promesa incumplida, entre una detención arbitraria y una que no lo es. Pero en la vida pública a menudo lo que vemos es distinto a lo que es; la apariencia ensombrece al hecho.

La verdad no goza de gran estima entre los seres humanos; casi siempre ha tenido su cabeza escondida entre las tinieblas de la historia. Ni siquiera las verdades de las ciencias naturales, más fácilmente verificables, son respetadas. En las ciencias que estudian la conducta humana, cuyas principales substancias son el prejuicio, la ignorancia, el interés y la susperstición, su presencia es aún más tímida.

Es al menos ingenuo creer que la verdad siempre prevalece. Lo normal es lo contrario. Las verdades han

pasado enterradas durante la mayor parte de la historia. Aún la presencia radiante de la verdad, en los pocos casos en que eso ocurre, posee una débil influencia sobre las mentes y los corazones humanos. Es posible afirmar que la verdad casi nunca es un factor determinante de las creencias humanas. Los seres humanos, en general, creemos lo que queremos creer. Planck lo expuso de esta manera: **“Una nueva verdad científica no triunfa convenciendo a sus oponentes y haciéndolos ver la luz, sino más bien porque sus oponentes eventualmente mueren, y una nueva generación crece familiarizada con esa verdad”**.

TEJIENDO EL CONSENSO

En el luminoso libro **Public Opinion** (1922), fundamento de varias de las ideas de este ensayo, Walter Lippmann expresa: **“No es una profecía atrevida decir que el conocimiento de cómo crear el consenso alterará todos los cálculos políticos y modificará todas las premisas políticas”**. Aún Lippmann, reconocido y brillante iconoclasta, quien fue uno de los primeros en plantear una visión poco optimista del ciudadano común sobre la capacidad de articular ideas sensatas acerca de las cuestiones públicas, cae en el error del siglo diecinueve, que hereda buena parte del siglo veinte, de creer que las ciencias sociales iban a desarrollarse de tal manera que llegarían a otorgar las herramientas para que podamos manejar con un alto grado de racionalidad los asuntos públicos. El mismo Lippmann se contradice al señalar que las opiniones públicas son el resultado de una red tan intrincada que -afortunadamente, añado yo-, nadie puede manejarlas a su antojo. Hoy, sabemos que nadie es capaz de descifrar, y menos preveer, cómo se forma y transforma la opinión pública.

Recordemos que existen muchas variables en las impresiones de los hombres sobre el mundo invisible. Varía el punto de contacto, las expectativas, prejuicios, estereotipos e intereses. Las impresiones de la gente poseen un sello tan personal y singular que son muy difíciles de cuantificar, y en la masa forman una red con un grado de complejidad absolutamente inmanejable.

El proceso de formación de la voluntad popular nunca será suficientemente comprendido. Es una labor casi tan

imposible como prever la forma de las nubes. Siempre hay vientos en todas direcciones que cambian incesantemente sus formas: las nubes se unen y desunen creando sin cesar nuevas figuras.

No es posible diseñar ni predecir esa substancia amorfa, inacabable, compuesta por la incertidumbre y la ignorancia, a la que Sir. Robert Peel se refiere como **“esa inmensa mezcla de estupidez, debilidad, prejuicio, buenos y malos sentimientos, obstinación y fragmentos de noticias a la que se le da el nombre de Opinión Pública”**.

Creo que es más apropiado llamarla en plural: Opiniones públicas. Son muchas, a veces, casi tantas como individuos, pero nos la hemos ingeniado para agruparlas en grandes segmentos: la gente que cree en Dios (cuál y cómo poco importa), los que creen que el próximo año será peor (para quiénes y en qué sentido poco importa), los que creen en bajar los impuestos (cuáles, a quiénes y en qué porcentaje poco importa).

En el mundo de la comunicación política no existen los magos capaces de variar el rumbo de los vientos y menos de las tempestades. Una vez que la gente teje en sus mentes alguna idea o creencia como resultado de la percepción del mundo que hereda y de sus propias vivencias, difícilmente cambia sus opiniones como resultado de mensajes e imágenes externos.

DESIDERATUM

Aunque sólo unos pocos son capaces de concebir una idea política, todos somos capaces de juzgarla.

Pericles de Atenas

Los sabios deben gobernar, y los ignorantes deben obedecer.

Platón de Atenas

En este ensayo me propuse dejar de lado comentarios sobre la vida en una sociedad ideal. He preferido reseñar algunos aspectos de la democracia y de su savia principal, la opinión de la gente, tal como los concibo. Ciertamente algunas referencias que he hecho sobre la naturaleza humana y sobre la naturaleza del poder son cualquier cosa menos apologéticas. La historia enseña hasta el cansancio que cuando se deja de lado la realidad, y se parte de ilusiones y mentiras, acaba mal la travesía.

La mayoría de la gente es realista en su vida cotidiana y en su trabajo. Sin embargo, en no pocas ocasiones, el grueso de la población, y varios de los miembros de la clase dirigente e intelectual, sufren una extraña metamorfosis mental y emocional cuando se refieren al mundo político y social. Un pseudo-intelectualismo, un pseudo-moralismo y un pseudo-amor por la humanidad les impide diagnosticar correctamente los males de la vida en sociedad. En sus vidas privadas buena parte del tiempo son seres racionales, pero en la vida pública hacen gala de un pensamiento mágico altamente irracional. Probablemente una de las razones de este extraño proceso mental es que todos nos tenemos en tan alta

estima que nos disgusta reconocer lo poco que sabemos y la naturaleza emotiva, tribal y egoísta de muchas de nuestras actitudes, ideas y creencias.

Una de las definiciones que más aprecio de la democracia es la que dice que es un proceso de formación de opinión pública. En ese inmenso fogón se fraguan cotidianamente las opiniones públicas de sus habitantes. Es claro que el peso de las opiniones es muy distinto, pero también es cierto que en una sociedad abierta con un intenso y continuo flujo de ideas y de información, ninguna persona o grupo por poderoso que sea, tiene la capacidad de imponer sus opiniones fácilmente. La variedad y la cantidad de los ingredientes que entran constantemente a ese inmenso fogón, impide predecir o controlar el sabor, la textura, la cantidad, la dureza o maleabilidad de esa substancia final que se va formando incesantemente.

Hemos señalado que en general las opiniones son cualquier cosa menos ejemplo de inteligencia y sabiduría y que la democracia es un sistema que, en medio de muchas limitaciones y defectos, escucha la opinión de sus ciudadanos sobre algunos de los temas de mayor trascendencia pública. Hemos también señalado que paradójicamente, a pesar de la pobre naturaleza de las opiniones humanas, la democracia ha demostrado ser un sistema más benigno, justo, honesto y eficiente que los sistemas totalitarios.

La democracia es sobre todo una cultura: la de hombres libres y tolerantes que expresan a viva voz su opinión sobre los asuntos públicos. Ese conjunto de voces es más

sabio y prudente que la de unos pocos. Platón creyó ilusamente en la natural bondad del hombre ilustrado, y sin proponérselo dió sustento doctrinario a los sistemas totalitarios. Pericles, más realista, sabía que, como lo expresó Voltaire dos milenios después, **“el más filósofo de los reyes siempre será más apto para confirmar los vicios del poder que las virtudes de la filosofía”**. Toda autocracia, por ilustrada que sea, termina creando una ponzoñosa red de arbitrariedad, corrupción y abuso de poder. La naturaleza humana es débil; flaquea fácilmente: si al poder no se le contraponen límites, controles y un ejercicio crítico permanente, inexorablemente degenera. En buena medida la democracia se fundamenta en el reconocimiento de esta elemental verdad. Todos sabemos que el poder corrompe; solo los cínicos o los ingenuos son capaces de negar esta ubicua y contundente realidad.

Pecaríamos de falta de realismo si dejamos de afirmar que los hombres y las sociedades también poseen rasgos de inteligencia, sabiduría, generosidad y honestidad. La bondad es también parte de la vida. (No en el grado en que los políticos lo expresan cuando con obvias intenciones hablan de la política y del pueblo en términos altamente laudatorios. Cuando se dice que la voz del pueblo es la voz de Dios, se comete una monumental herejía, y cuando se dice que el pueblo no se equivoca, se expresa un soberano disparate).

La historia nos muestra que esas reservas mentales y éticas de la gente constituyen una de las principales razones que hacen de la democracia el menos imperfecto de los sistemas políticos que conoce la humanidad.

Por lo tanto, todo esfuerzo encaminado a mejorar la racionalidad, la objetividad, la independencia y el espíritu crítico y autocrítico de los ciudadanos, debe contar con el apoyo entusiasta de quienes genuinamente aspiran a una sociedad más libre, justa y solidaria.

¿Cuál es el principal remedio para enriquecer las opiniones de los ciudadanos y el libre juego de las ideas y, por lo tanto, para fortalecer el sistema democrático? La educación. El verdadero maestro debe inculcar en el alumno un espíritu crítico, pero sobre todo autocrítico; debe enseñarle a ver las cosas con desapasionamiento; enseñarle que son muchas las formas de ver los hechos; enseñarle a indagar cuál es la fuente de sus creencias y prejuicios; enseñarle que la realidad es siempre muy compleja y que no es posible tener sino ideas parciales de esa realidad. El maestro debe enseñarle al alumno la naturaleza y la historia de la libertad, de la tolerancia y de la censura; debe enseñarle a ser consciente de los mecanismos del pensamiento; ayudarle a entender cómo funciona la mente con hechos que son ajenos y distantes; ayudarle a comprender que el mundo es intrincado, complejo, confuso y cambiante y que a menudo, no podemos tener de él más que ideas generales y estereotipadas. De manera especial debe enseñarle a saber lo poco que sabe y que quienes no poseen la educación adecuada y no son lo suficientemente sabios para conocer su ignorancia, son precisamente los que están más necesitados de ser educados.

El verdadero maestro -dice Popper- sólo puede probarse a sí mismo exhibiendo ese espíritu de autocrítica que le hace falta al hombre sin educación. Sócrates

consideraba que la mejor manera de mejorar la vida política de la *polis* era educando a los ciudadanos a ejercer el espíritu crítico y autocrítico. Por eso alegaba que él era el único político de su tiempo en oposición a aquellos que adulan a la gente en vez de buscar el verdadero interés de ellos.

Conforme nos volvemos más conscientes de nuestros prejuicios más nos percatamos de lo insensatos y crueles que suelen ser. Al principio el descubrimiento de nuestros prejuicios puede ser doloroso porque están vinculados con nuestra propia dignidad y autoestima. Pero una vez que comenzamos a transitar ese camino sentimos un inefable gozo: sabemos que nuestro horizonte se ha ensanchado pues observamos desde cumbres mayores; sabemos que hemos salido de la caverna y que lo que vemos no son las sombras de la superstición y el prejuicio; fuera de la caverna podemos ver de frente la realidad tal como se nos presenta: descarnada y cruda, con sus luces y sombras, con su cuota de bondad y maldad, heroísmo y cobardía, generosidad y avaricia, conocimiento e ignorancia, grandeza y mezquindad.

El estudio del error no es sólo, en el más alto grado, profiláctico, sino que sirve como estímulo introductorio al estudio de la verdad.

Walter Lippmann

San José, enero de 1996

SERIE
CUADERNOS DE
CAPEL

VICTOR RAMIREZ ZAMORA, costarricense. Ha participado en campañas electorales como consultor y estratega para partidos políticos y Tribunales Electorales de varios países, en el campo de la comunicación política. Consultor externo de CAPEL.